

1898

Víctor Mestre Pérez



Capítulo 1

El calabozo era un lugar frío, anodino y aburrido, apenas iluminado por una bombilla conectada a un triste cable que bailaba en el aire, al son de las olas que mecían el crucero Infanta María Teresa. Solamente las goteras de una tubería mal sellada, rompían el silencio. En su interior, dos prisioneros aguardaban sentados en el suelo, recostados contra las paredes del calabozo. Uno era alto, delgado, de rasgos suaves, de cabellera abundante y bigote arreglado. Portaba un anillo dorado, embrutecido por el paso del tiempo, con extraños y elaborados símbolos, en el dedo anular de su mano izquierda. Sus ojos, de color indeterminado, estaban ocultos tras unos anteojos, pero su mirada transmitía la seguridad y la confianza de quien sabe que va a salir del lio en que está metido. El otro era bajo, corpulento, ligeramente tostado por el sol, con la cabeza completamente rapada y con una desaliñada barba de chivo. Sus ojos eran apenas una delgada línea horizontal en su rostro, debido a que procedía de las lejanas costas de Asia, y lo que transmitía su mirada era... hastío y aburrimiento.

—Kato, ¿podrías ayudarme a hacer memoria y decirme cuantos días llevamos encerrados? —preguntó el hombre de los anteojos, mientras se sacaba el anillo y se masajeaba el dedo anular.

—Cuando dice "encerrados", ¿se refiere expresamente a aquí, en este navío, o la pregunta hace referencia desde el accidente en el que explotó el otro navío? —respondió con una pregunta el hombre de rasgos orientales.

—¡Kato! ¿Ya me estás liando otra vez? —preguntó el hombre de los anteojos.

—¡Nada de eso, señor! Veamos... déjeme que lo piense un momento —Kato levantó las manos y comenzó a contar en voz baja, ayudándose de sus dedos, y repitiendo la operación varias veces para asegurarse. Tras unos minutos de especulación matemática, el asiático contestó—. Creo que tres meses y diez días... u once... no estoy seguro.

—¡Dios! ¡Y yo que pensaba que llevábamos un siglo encerrados en esta lata de sardinas! —exclamó el hombre de los anteojos.

—Bueno, técnicamente, apenas llevaremos una semana metidos aquí, en este crucero, señor. Antes del traslado, lo pasamos en los calabozos de la Habana, así que...

—¿Pero no te he dicho que no me lées?!

—¡Perdón, señor!

Al otro lado de la celda, se escuchó un ruido. Alguien metió una llave en la cerradura del calabozo y a continuación la giró. En ese momento, el hombre de los anteojos se colocó el anillo de nuevo. La puerta se abrió hacia afuera, lenta y pesadamente. Después, unas figuras entraron en el calabozo. Eran dos marineros, jóvenes, casi adolescentes, los que se presentaron ante ellos.

—¡Prisioneros, en pie y extiendan las manos! —gritó uno de los jóvenes marineros. El hombre de los anteojos y el asiático obedecieron, se incorporaron y juntaron las dos manos frente al marinero que les habló. El marinero sacó un par de esposas del bolsillo y se las colocó en las muñecas a cada prisionero—. ¡Sígannos!

El grupo salió del calabozo y recorrieron los pasillos del Infanta María Teresa, esquivando marineros, oficiales e ingenieros, que iban de aquí para allá, con paso firme pero incapaces de ocultar su nerviosismo y desasosiego.

—Parece que la cosa está movidita —comentó el asiático.

—Dígame, oficial, ¿ya se han decidido por liberarnos y dejar correr este asunto? —preguntó el prisionero de los anteojos.

—Nada de eso —respondió el marinero que les había puesto las esposas—. Ustedes vuelven a la sala de interrogatorios.

—¿Otra vez?! ¡Pensaba que ya habíamos aclarado todo ese asunto!

—Pensó mal.

El resto del camino hasta la sala de interrogatorio transcurrió en completo silencio. Tras un par de quiebros, caminatas en línea recta y varias subidas y bajadas por los distintos niveles del navío, llegaron a su destino. Cuando les abrieron la puerta y les invitaron a sentarse, uno al lado del otro y enfrente de una gran mesa rectangular, un oficial les esperaba sentado al otro lado de la mesa. Y detrás de este, pegado a la esquina de la sala, un escriba esperaba tranquilamente. El primero era corpulento, de tez morena, con la nariz chata y con el pelo corto; el segundo era enjuto, pequeño y de gestos nerviosos.

—¡Sargento Gu...! ¡Un momento! ¡Usted no es el sargento Gutiérrez! —exclamó el prisionero de los anteojos.

—Así es —respondió tranquilamente el oficial—. Soy el brigadier

Benavente, superior del sargento Gutiérrez.

—¿Y qué se le ofrece?

—He revisado el informe que me ha pasado el sargento Gutiérrez, sobre su anterior interrogatorio, y hay varios puntos en él que... la verdad, no hay por donde cogerlo. Por lo tanto, hagamos borrón y cuenta nueva, y volvamos a empezar por el principio, ¿de acuerdo?

—¿Por el principio, dice?

—Así es. Por el principio. Olvide que ya se lo ha contado al sargento Gutiérrez o que yo he leído su informe. Cuéntemelo todo de nuevo.

—¿Todo de nuevo?

—Todo.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

El hombre de los anteojos suspiró cansado y acto seguido comenzó a hablar.

—Pues en esencia, poco más que añadir a lo que ya le he dicho previamente —respondió el prisionero. El escriba comenzó a tomar notas de forma veloz y diligentemente—. Me llamo Ramón Guetti y este de aquí es mí asistente Kato. Me dedico al comercio y voy de puerto en puerto por las costas del Caribe ofreciendo mis productos al mejor postor. Tabaco, azúcar, cacao, ron... ese tipo de cosas. Para los clientes más selectos tengo "otro tipo" de productos... ya me entiende. El caso es que navegando hacia Santiago, poco antes de llegar al puerto, nuestro navío, el Indomable, se averió. En principio la cosa no parecía nada serio, pero según me comentó el capitán de la nave, hubo algún tipo de escape, fuga o entrada de agua... no estoy muy seguro. Por dicho motivo, el barco comenzó a hundirse. Al principio poco a poco, para después ir entrando agua en tromba. El caso es que hicimos señales de socorro a los barcos más cercanos, para ver si nos podían ayudar. Pero solo justo al final, cuando yo y mi asistente apenas resistíamos en pie en la punta de la proa, que por fortuna no se había hundido todavía, fuimos rescatados.

—Vaya, que oportuno, ¿no? —dijo irónicamente el brigadier Benavente.

—Muy oportuno, señor. Completamente de acuerdo —añadió el

asistente Kato.

El brigadier Benavente le lanzó una mirada de desaprobación.

—¿Y el resto de la tripulación? —preguntó el brigadier.

—Lo desconozco, señor —respondió Ramón—. Pero sin ser una persona muy ducha en temas marítimos, yo me aventuraría a decir que fallecieron cuando el barco se hundió. Es lo más probable, digo yo. A riesgo de equivocarme, claro está.

—¿Puede decirnos cuál era el nombre del navío que les rescató?

—Sí, claro. Era el USS Maine.

—Ya, el Maine... Prosiga con su relato.

—El caso es que al principio, la relación con los oficiales del Maine fue bastante buena, sin incidente alguno —prosiguió Ramón tranquilamente—. Gracias a mis años de viajar de aquí para allá, de comerciar en todos los puertos de las costas del Caribe y del extremo oriental de Estados Unidos, y mi facilidad para aprender nuevos dialectos, el idioma de mis salvadores no fue ningún problema para hacerme entender.

—Entonces, ¿cuál fue el problema? —preguntó el brigadier.

—¿El problema? Pues teniendo en cuenta que Estados Unidos está un poco a la gresca con los dominios españoles, aquí en el Caribe, debieron pensar que el hundimiento de la nave en que viajaba, no podía ser algo casual. Cosa que me enteré por mis captores. Motivo por el cual, me tomaron por espía, y a mi asistente, Kato, como cómplice. Y en un santiamén nos metieron en los calabozos. Cosa que me pilló totalmente desprevenido, porque yo, como ciudadano corriente y moliente, que siempre estoy viajando y que no estoy al tanto de los grandes asuntos de las élites políticas, no sabía nada de nada.

—¿Quiere decir que en todos los viajes que realizó a lo largo y ancho del Caribe, no oyó ninguna noticia, historia o chisme sobre los nuevos enemigos que pretenden desafiar a la corona española?

—preguntó sorprendido el brigadier Benavente.

—Si hubiera sabido que las cosas estaban tan mal, no hubiera dejado que me rescataran y hubiera intentado llegar a la costa nadando.

—Y después de su encierro, ¿qué pasó? —preguntó el brigadier. El escriba, por un instante, levantó la mirada de sus notas y miró a los

prisioneros.

—Bueeenoooo... si le soy sincero.... no lo tengo muy claro.

—¿Que no lo tiene claro dice?

—Todo fue muy confuso, señor. Hubo zarandeos, explosiones, gritos por todos lados, gente corriendo...

—¡Eso! ¡Explosiones! —añadió el asistente Kato.

—¿Con que explosiones, eh? —preguntó el brigadier Benavente—. Y ustedes, ¿han tenido algo que ver con todas esas... explosiones?

—¿Me pregunta si fuimos nosotros quienes las provocamos? —preguntó Ramón—. ¿Si sabotamos el barco?

—¿Y bien? ¿Lo sabotearon?

—¡NO, NO, NO! —respondió Ramón, negando con la cabeza—. Nosotros no tuvimos nada que ver.

—Con que nada que ver, ¿eh? ¿Y qué me puede contar usted? —dijo el brigadier refiriéndose a Kato—. ¿Recuerda algo?

—¿Recordar, señor? —preguntó el asistente Kato con cara de no comprender—. eh... No señor.... todo estar muy confuso... mucho ruido... mucho follón...

—Mucho follón. Ya. ¿Entonces, no recuerdan nada de cómo llegaron a la barcaza salvavidas? ¿Eso es lo que me quieren decir? —preguntó el brigadier. Los dos prisioneros se encogieron de hombros—. Vale, de acuerdo. ¿Y qué hay de esa mercancía que llevaban a bordo cuando les encontramos?

—¿Mercancía dice? —preguntó Ramón inocentemente. En ese instante, el brigadier Benavente sacó un informe que tenía debajo de la mesa, y tras pasar varias páginas, empezó a leer.

—Cito: "... una cofre de metal, de un metro de largo, por cincuenta centímetros de profundo y cuarenta de alto. En su interior se descubrió varios cilindros, seis concretamente, de diez centímetros de grosor por cuarenta de largo, con extremos ovalados, con tres muescas en cada extremo. Cada muesca parece ser una especie de conexión, y debajo de cada una de estas, remachado por tres tornillos de medio centímetro de diámetro. En el centro de cada cilindro, hay una esfera de cristal, de cinco centímetros de diámetro, donde rayos de electricidad en su interior..." Bueno, ya sabe a lo que me refiero — dijo el brigadier,

mientras miraba a los ojos de Ramón.

—¿Y dice que eso venia con nosotros, en la barcaza salvavidas?

—Sí. Estaba oculto en la parte trasera, debajo de una manta con el mensaje impreso "Property of Government of United States of America & New Century"

—¡En ese caso, no me extraña que no nos diésemos cuenta!
—dijo Ramón—. ¿Quién se iba a fijar en lo que pudiera haber bajo una roída y maloliente manta?

—Estor de acuerdo, señor —añadió su sirviente Kato.

—¿Roída y maloliente? Yo nunca la he descrito así.

—¿Ah, no?

—NO.

—Le habré escuchado mal. A todo esto, entre usted y yo, ¿cree posible que...? cómo decirlo... ¿Habría algún problema en que me quedara con esa "mercancía"?

—¿Quedársela? ¿Estará usted de broma?

—Bueno, teniendo en cuenta que fuimos nosotros —dijo Ramón mientras se señalaba así mismo y a su asistente Kato—, quienes lo trajimos a territorio español y que los legítimos dueños ya no pueden reclamarlo, sería lo más justo. ¿No le parece?

—¡Pero si ni siquiera sabían que lo llevaban con ustedes!

—¡Bueno, pero ahora sí!

—¡No está en condiciones de negociar!

—¿No?

—¡NO! ¡No lo está! La historia que me han contado es tan increíble como la que señala el informe que me han entregado mis subordinados. Punto por punto. Igual de estafalaria, estúpida e idiota que la anterior.... y no hay por donde cogerla.

—Bueno, a veces, la verdad es bastante estúpida —se limitó a decir Ramón.

—¡Y estrafalaria! —añadió el asistente Kato.

—¡Basta! —gritó airado el brigadier Benavente. El escriba, impasible durante el interrogatorio, dejó de escribir y contempló la escena—. Escuchen atentamente. Me da igual toda la sarta de mentiras, embustes, historietas y bulas que intente colarme, porque no van a conseguir nada, ¿me entienden? Me da igual que sean comerciantes, pescadores, piratas o incluso nuestra queridísima reina regente, porque de esta, no se van a escapar. ¿Saben en qué lio se han metido? Mejor dicho, ¿saben en el lio en que nos han metido a todos? Tras la destrucción de USS Maine, en "extrañas circunstancias", la armada norteamericana nos ha acusado formalmente de sabotaje, y nos ha amenazado de tomar represalias contra la corona de España, sus súbditos y las colonias que posean. Particularmente contra la colonia de Cuba, que es en la que se encuentran. Yo sé que ustedes han tenido algo que ver con la explosión en el USS Maine, y no les daré cuartelillo alguno hasta que no aclaren lo que pasó. ¿Les queda claro?

—¿Lo que nos está queriendo decir es que esta noche nos vamos a quedar sin postre? —preguntó inocentemente el asistente Kato. En ese instante, el brigadier Benavente explotó. De un salto, se puso en pie, y su mano tomó carrerilla en milésimas de segundo para darles un único guantazo a los prisioneros que alcanzó a los dos a la vez—. ¡Basta de chorradas! ¡Marinero Sanz! ¡Marinero Índigo!

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió hacia adentro, y dos jóvenes marineros, los mismos que habían acompañado a Ramón y a Kato, entraron en ella.

—¡Devuélvanlos a las celdas! —gritó el brigadier Benavente—. ¡Ya volveremos a hablar cuando recuerden algo de utilidad!

—¡Maldito Kato! —maldijo Ramón—. ¡Si salimos de esta, te daré tal tunda de palos que te voy a moler todos los huesos del cuerpo!

Los dos marineros que entraron en la habitación, tras ponerles las manos encima a los prisioneros, les obligaron a levantarse y a emprender el camino de vuelta hacia los calabozos, entre las quejas y los llantos de estos. Cuando llegaron a su destino, tras abrir la puerta y quitarles las esposas, los marineros empujaron a los prisioneros al interior del calabozo de malos modos, provocando que se tropezaran al entrar y cayeran de bruces contra el suelo. Tras el cierre de la puerta, las risas de los marineros se fueron apagando a medida que se alejaban. Al cabo de un rato, después de asegurarse Ramón de no oír a nadie detrás de la puerta, dijo.

—Bueno, no nos podemos quejar. No nos ha ido tan mal.

—¿Que no nos podemos quejar? —preguntó el asiático—. Todavía estamos encerrados aquí dentro.

—Sí, pero ni saben quiénes somos, ni para qué sirven los cilindros que hay en el cofre de metal —dijo el que se hacía llamar Ramón.

—¿Crees que tardaran mucho en venir alguien de la orden?

—¿Si tardarán mucho? No lo sé... eh... no estoy seguro. Logré mandar un mensaje a uno de mis contactos mientras estábamos en la prisión de Santiago, pero no sé....

—Si, lo recuerdo. Pero de eso hace ya casi tres meses —comentó el asiático.

—¿Y yo qué quieres que le haga? Tú piensa que por la cuenta que les trae...

—Por la cuenta que "nos" trae... —le corrigió el asiático.

—Por la cuenta que "nos" trae, los miembros de la orden vendrán a por nosotros.

—Y a por las baterías.

—Y a por las baterías... sí...

El silencio volvió a inundar el calabozo de nuevo. Pero no duró, mucho.

—Gonzalo —inquirió el asiático—. ¿No estás cansado de interpretar siempre el mismo subterfugio del comerciante/aristócrata/rico que no se entera de nada? ¿No crees que eso ya está muy visto?

—Sí —respondió el hombre de la cabellera abundante y del bigote arreglado, mientras se limpiaba los anteojos con un paño de lino—. Pero me encanta interpretar personajes adinerados, de alta alcurnia y la posibilidad de tenerte a ti como criado.

—¡Vaya, gracias!

—Y en cuanto a ti, reconócelo. Te encanta interpretar a la plebe. ¿A que sí, señor Lo Pang?

—¡Vete a la mierda!

Capítulo 2

Gonzalo y Lo Pang, sentados en el suelo, permanecieron en silencio, ensimismados y aburridos, mientras el tiempo pasaba lentamente. En el calabozo, sin escotillas que dieran al exterior, era difícil saber qué tiempo hacía afuera o si era de día o de noche. Sin embargo, Gonzalo pudo hacerse una idea del número de días que habían pasado desde su último interrogatorio, al llevar la cuenta de las veces que les servían las sobras que la tripulación del Infanta María Teresa dejaban tras cada rancho. <<Teniendo en cuenta que nos dan de papeo dos veces al día, y que ya nos han visitado cerca de sesenta y cuatro veces.... habrá pasado... treinta y dos días desde el último interrogatorio.... ¡Puff! Esto se me está haciendo eterno>> pensó para sí. Pero el silencio se rompió de golpe, cuando oyó a alguien, al otro lado de la puerta, metiendo las llaves en la cerradura. <<Corrijo, treinta y tres días>> pensó Gonzalo de nuevo, a la espera de que uno de los mozos de la cocina entrara para servirles las sobras. Pero se equivocó. Un hombre alto, bien vestido, canoso, con barba y con pelo largo recogido en una larga cola de caballo, fue quien cruzó la puerta del calabozo. Se inclinó ligeramente hacia la izquierda, antes de entrar al calabozo, y dijo:

—Esperen aquí fuera, ya me hago cargo —dijo el recién llegado. Tras entrar al calabozo, cerró la puerta, sacó un pequeño aparato mecánico de uno de los bolsillos de su chaqueta, se acercó a un extremo de la celda y lo acercó a la pared. Lo movió de arriba a abajo y de izquierda a derecha, y una vez hecho esto, echó un vistazo al aparato. A continuación cambió de pared y repitió la operación. Tras hacerlo con todas las paredes de la celda, se guardó el aparato mecánico, caminó hacia el centro del calabozo y preguntó—. ¿Qué tal les va muchachos? ¿Bien? Escuchen atentamente. Ahora que ya he comprobado que nadie nos está espionando, tengo que asegurarme de que ustedes son las personas a las que he venido a buscar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Gonzalo.

—Entendido —asintió Lo Pang.

—Bien. Veamos... eh... <<La pirámide tiene trece escalones,...>>

—<<... el escudo del pecho del águila está formado por trece barras,...>> —siguió Gonzalo.

—<<... y a su vez sostiene en cada una de sus patas trece flechas...>> —añadió Lo Pang.

—<<... y una rama de laurel con trece hojas>> —terminó el hombre de la coleta—. ¡Bien, bien! ¡Vamos bien! Veamos... ahora, si es tan amable... —hizo un gesto a Gonzalo para que se incorporase—. ¡El saludo secreto!

—Eh.... ¿De verdad es necesario? —preguntó incómodo Gonzalo—. Estoy un poco oxidado para llevarlo a cabo, la verdad.

—Completamente necesario. Me tengo que asegurar que ustedes son las personas a las que tengo que traer de vuelta.

—¿Le importa que lo haga mi compañero? Él es más mañoso para ese tipo de cosas.

—Mmm... supongo que... no habría ningún problema.

El asiático se levantó y, tras ajustarse adecuadamente los pantalones, miró a Gonzalo y le espetó.

—Siempre salvándote el culo, ¿eh?

Nada más terminar la frase, alzó los dos brazos, juntó los dedos índice y meñique de ambas manos, se puso de puntillas y comenzó a girar sobre sí mismo como una peonza. Tras dar seis vueltas con elegancia y sin apenas detenerse, cambió de movimiento y dio dos brincos como si fuera una rana, primero hacia la derecha, y después hacia la izquierda. Por último, volvió al centro con otro brinco, movió los brazos hacia ambos lados, mientras chasqueaba los dedos, y finalmente dio un salto sobre su posición mientras se abría de piernas y susurraba <<trece>>. El hombre de la coleta, aunque impresionado, parecía no estar conforme.

—Perfecta ejecución, teniendo en cuenta su edad. Pero creo que se le ha olvidado un paso.

—¿Que se me ha olvidado un paso? —preguntó Lo Pang incrédulo.

—Sí. Antes de dar el salto final, justo antes de abrirse de piernas, tenía que haber sacado la lengua al tiempo que ponía cara de niño feliz —el hombre de la coleta sacó la lengua y forzó las facciones de su cara, a modo de ejemplo—. Justo como lo estoy haciendo.

—Bueno, tan poco es para tanto —intervino Gonzalo—. Usted ya sabe quiénes somos y nosotros sabemos quién es usted.

—¡Alto ahí! ¡Sin el saludo secreto correctamente realizado,

olvídense de historias!

—¡Venga hombre! —dijo Lo Pang, tras incorporarse costosamente del suelo—. ¡Pero si me ha salido perfecto!

—¡Ni hablar!

—¡Seguro que usted no es capaz de hacerlo!

—¡Yo no tengo que demostrar nada! —el hombre de la coleta caminó hacia la puerta, dio dos golpes y llamó—. ¡Guardias! ¡Aquí ya he terminado! ¡Abran!

—¡Oiga! ¡Espere un momento! —gritó Gonzalo. Al otro lado de la puerta, se oyó como los guardias introducían la llave en el cerrojo y comenzaban a girarla—. ¿Qué tal si le echa un vistazo a esto?

El hombre de la coleta se volvió. Ante él, Gonzalo había extendido el brazo derecho y lo elevó ligeramente, para enseñarle el anillo que tenía colocado en el dedo anular. El anillo era dorado y destacaba por estar ornamentado con un sello circular, donde habían varios dibujos grabados: en la parte inferior, una escuadra; en la superior, un compas; y justo en el centro, una gran "G". Justo en el momento en que el hombre de la coleta terminaba de inspeccionar el anillo, la puerta se abrió. Dos guardias, de expresión impenetrable, miraron al hombre de la coleta.

—¿Algún problema, señor? —preguntó uno de los guardias.

—¿Problema? —repitió la pregunta ensimismado el hombre de la coleta—. Ninguno en absoluto. Falsa alarma. No se preocupen, lo tengo todo bajo control. Denme algunos minutos más con los prisioneros.

Los guardias, impasibles, asintieron con la cabeza y cerraron la puerta de la celda. El hombre de la coleta se volvió hacia los prisioneros y preguntó.

—¿Si tenían el anillo y podían demostrar de esta forma que pertenecían a la orden, por qué no me lo enseñaron antes?

—¡Yo pensaba que solamente te lo daban como regalo de bienvenida! —se excusó Gonzalo—. ¡Nunca pensé que pudiera tener otra utilidad!

—¿Y dónde está su anillo? —preguntó el hombre de la coleta a Lo Pang.

—¡Lo perdí durante la misión!

—Mmm... no es propio de un integrante de la orden ser tan poco cuidadoso. Es poco... ortodoxo.

—Ya, bueno, pero las circunstancias de la misión tampoco se pueden considerar muy ortodoxas —se defendió Lo Pang.

—A todo esto, ¿quién es usted? —preguntó Gonzalo.

—¡Vaya! ¡Qué despiste por mi parte! —se lamentó el hombre de la coleta—. Soy Juan Acuña, franco masón nivel treinta y cinco, de la logia Hiram Abif.

—Yo soy Gonzalo Barreda y mi compañero es Lo Pang. Niveles cuarenta y cuarenta y uno. Yo soy de la logia Hermes y el de la logia de Umatac.

—¿La logia de Umatac? —preguntó extrañado Juan—. Nunca había oído hablar de ella.

—Está en la isla de Guam —respondió Lo Pang—. Es nueva. Apenas una década.

—Aja, ya... ahora, si son tan amables, denme un informe del estado de su misión.

—Como usted sabrá, el maestro Ricard nos convocó en Madrid para llevar a cabo una misión en cubierta en territorio norteamericano. Agentes de la Orden, que llevaban infiltrados cerca de tres años entre los hombres de Edison en la organización New Century (una subsidiaria de General Electric), nos informaban regularmente de los avances científicos y de los nuevos proyectos que su sociedad estaba llevando a cabo. Avances científicos que, en caso de hacernos con ellos, nos serían de gran utilidad para hacer frente al "Enemigo" —dijo Gonzalo.

—Lo sé, estoy al tanto de ello. Prosiga.

—Nuestros agentes infiltrados —dijo Lo Pang tomando la palabra—, nos informaron de una nueva tecnología energética. Los científicos de Edison lograron crear una especie de baterías eléctricas miniaturizadas, que concentraban gran poder y que servían como fuente de energía a otros inventos que estaban desarrollando en sus laboratorios.

—¿Qué clase de inventos?

—No lo sabemos. Desgraciadamente, nuestros informadores dejaron de mandar informes sobre la cuestión clave —continuó Gonzalo el relato—. Desaparecieron sin dejar rastro. Por ese motivo, el maestro Ricard, nos envió a Schenectady, Nueva York, para investigar lo ocurrido. Debíamos localizar a nuestros agentes y traerlos de vuelta.

—¿Y desde hace cuanto están desaparecidos?

—Hará casi un año.

—¿Y qué sucedió? ¿Los encontraron?

—Eh... sí, los encontramos. Logramos infiltrarnos en la organización, en Schenectady... y bueno, las cosas se pusieron algo más complicadas de lo normal. Localizamos a nuestros agentes, que estaban retenidos por los hombres de Edison, por extraer información y prototipos confidenciales y secretos de su organización. Al parecer, New Century, trabaja para el gobierno estadounidense como laboratorio de pruebas de nuevas tecnologías militares, que posteriormente usaría el ejército norteamericano — dijo Lo Pang.

—¿Y después? —preguntó Juan.

—Según nuestros agentes, poco antes de ser llevados a ejecutar, nos indicaron el sitio donde ocultaron lo que habían sustraído.

—¿No pudieron rescatarlos?

—No, señor. Intentamos elaborar un plan de fuga, pero fue demasiado tarde.

—Ya veo. Continúe.

—Como decía, lo que habían sustraído del laboratorio se trataba de documentación sobre diseños, planos e instrucciones de cómo construir una especie de artilugio mecánico —comentó Gonzalo.

—¿Un artilugio, dice? —preguntó Juan.

—Sí, una especie de hombre enorme, casi un gigante, completamente mecánico —respondió Gonzalo—. Fabricado completamente por piezas de metal, articulado mediante engranajes, válvulas y pistones hidráulicos...

—Y movido y alimentado por las baterías eléctricas miniaturizadas que ya le habíamos mencionado previamente —añadió Lo Pang—. Al parecer, la idea del gobierno estadounidense era incorporar este engendro mecánico entre las filas de su ejército, como arma de choque para

situaciones un tanto... "complicadas".

—O para usarlo en caso de un posible conflicto bélico contra otras naciones —dijo Gonzalo.

—¿Y con los informes y planos que sustrajeron lograron construirlo? —preguntó Juan.

—Sí —respondió Lo Pang titubeante—. Bueno, más o menos...

—¿Más o menos? —preguntó Juan confuso—. ¿Qué significa "más o menos"? Quieren decir que empezaron a construirlo y luego se quedaron sin piezas para rematar la faena o... ¿qué?

—Eh... no. Tras conseguir la documentación, viajamos a la logia de Santiago, en Cuba, para ocultarnos de miradas indiscretas y ponernos a trabajar en replicar el modelo de hombre mecánico, en colaboración con científicos contratados para tal empresa —explicó Gonzalo.

—Espere un momento —interrumpió Juan—, ¿no hubiera sido más seguro viajar de vuelta a España e informar al gran maestro Ricard de todo lo que habían encontrado?

—Sí, pero en la documentación que explicaba cómo fabricar el hombre mecánico, no había mención alguna sobre cómo construir las baterías eléctricas que le daban vida —dijo Lo Pang—. Y sin ellas, el hombre mecánico no sería más que una estatua muy grande, pesada, fea y sin utilidad alguna.

—Por ese motivo, volvimos a las instalaciones de New Century para... "agenciarnos" un par de baterías. Logramos conseguir media docena, pero fuimos poco discretos en nuestra forma de hacernos con ellas —dijo Gonzalo.

—Vamos, que se lió una buena —matizó Lo Pang.

—Faltó poco para que palmáramos —comentó Gonzalo.

—Pero nos libramos por los pelos —dijo Lo Pang.

—Desgraciadamente, no fuimos capaces de mantener en secreto nuestra identidad. Por suerte, cuando llegamos a Tampa, nos hicimos con una embarcación y pusimos rumbo a Santiago.

—¿Y qué hay del asunto del USS Maine? ¿Y qué quieren decir con eso de que no fueron capaces de mantener en secreto su identidad?

—preguntó Juan.

—Bueno, a partir de aquí, solo podemos hacer conjeturas. No sabemos muy bien cómo, pero los hombres de Edison lograron adivinar hacia donde nos dirigíamos —dijo Gonzalo.

—Es posible que en nuestra huida, mandaran a alguien tras nosotros. Incluso es posible que nos dejaran huir —añadió Lo Pang—. Suponemos que para localizar nuestro escondite y averiguar para quien trabajamos. Es una teoría, claro...

—El caso es que, cuando estábamos cerca del puerto de Santiago, el USS Maine nos abordó y nos capturó. Se hicieron con las baterías, eliminaron a nuestra tripulación y hundieron nuestro barco. Ya como prisioneros, nos interrogaron y se pusieron duros con nosotros para intentarnos sonsacar para quien trabajábamos —continuó Gonzalo.

—¿Y lograron sonsacarles algo?

—¿Está de coña? —preguntó sarcásticamente Lo Pang

—Por suerte, entre sesión y sesión de interrogatorio, logramos idear un plan para escapar —dijo Gonzalo—. Durante el trayecto en barco a Santiago, estudié la documentación que conseguimos extraer de la New Century, y aunque no había información suficiente sobre cómo crear las baterías eléctricas, sí que me empapé de suficientes conocimientos técnicos sobre como poder manipularlas...

—Y en caso necesario, de cómo sabotearlas —añadió Lo Pang.

—Por lo que decidimos, cuando fuera de noche, escapar del calabozo y manipular una de las baterías para usarla como una bomba de relojería —explicó Gonzalo—. Lo Pang logró introducirse por los conductos de ventilación que pasaban por encima del calabozo donde estábamos. Después, se hizo con las llaves del calabozo y me liberó. Nos deslizamos por los pasillos sin que nos vieran y eliminamos a los guardias que se interpusieron en nuestro camino o que pudieran dar la voz de alarma.

—Creo que el número de bajas fue de cinco por rotura de cuello, tres por asfixia y cuatro por el "toque de la muerte" —añadió Lo Pang orgulloso.

—En un momento dado, decidimos separarnos. Lo Pang se encargaría de llegar a la cubierta, hacerse con una embarcación pequeña y reunirse conmigo en el lateral del acorazado USS Maine, para yo poder subir a bordo. Yo, por mi parte, bajaría a las bodegas, sabotearía una de las baterías y recogería las otras cinco. Decidí abrir una escotilla, una que daba justo al lado donde estaba Lo Pang con la barcaza, y tras sacar el

resto de las baterías por allí, me introduje yo y salí del acorazado. Al cabo de media hora de navegar en dirección al puerto de Santiago, oímos un estruendo ensordecedor detrás de nosotros. La explosión que provocó la batería, abrió un boquete de metro y medio diámetro en el casco del USS Maine.

—Así, a ojo —añadió el asiático.

—Cuando estuvimos a punto de llegar al puerto de Santiago, fuimos interceptados por tropas españolas, que nos capturaron, nos detuvieron, nos interrogaron y nos encarcelaron en la prisión de la ciudad. Al cabo de unos meses, tras la llegada de la armada española para defender los intereses de la corona ante un posible ataque norteamericano, el almirante Pedro Cobo Tobías, ordenó al gobierno de Santiago, que les entregaran nuestra custodia y el cargamento que nos habían requisado.

—Querían saber que teníamos que ver nosotros con lo del USS Maine —añadió Lo Pang.

—Y esa es la historia hasta ahora. Supongo que usted, y los miembros de la Orden, habrán estado más al día de como se ha desarrollado todo esto mejor que nosotros —dijo Gonzalo.

—Sí, la verdad es que sí. ¿No pudieron encontrar otra manera de... solucionar todo este embrollo sin tener que recurrir a hundir un barco norteamericano teniendo en cuenta como está de delicada la situación? ¿Se hacen ustedes una idea del follón en que estamos metidos?

—Mírelo por el lado bueno. Hemos logrado salir de esta con vida, con la documentación y con las baterías eléctricas. Requisadas en la bodega de este barco, sí, pero a salvo —dijo Lo Pang confiado—. A decir verdad, las cosas han salido bastante bien.

—Está claro que no se enteran de nada, ¿verdad? —dijo Juan enfadado—. La destrucción del USS Maine que ustedes provocaron, fue la excusa perfecta para que los norteamericanos entrasen de lleno en el conflicto que tenemos con los rebeldes cubanos. Desde el incidente, la armada norteamericana ha decidido llevar a cabo diferentes represalias, y nos están dando de lo lindo. Por un lado, hemos perdido nuestra flota en Filipinas, en la batalla de Cavite. A esto hay que añadir el apoyo que está llevando a cabo el ejército norteamericano a los rebeldes mambises, que han logrado tomar el cruce de Trocha de Júcaro a Morón, e impedir que nuestros soldados puedan retomar el territorio. Y por si fuera poco, la armada norteamericana ha enviado una flota de navíos de guerra, que nos impide salir del puerto sin entrar en conflicto directo. ¡Ustedes dos, la han

cagado a lo grande!

—¡Nada de eso tiene importancia! ¡Piense que si ponemos a salvo todos los informes, planos, documentos y prototipos que hemos logrado sacar de la New Century, habrá valido la pena! —se defendió Gonzalo.

—¿Que habrá valido la pena?

—¡Por supuesto que sí!

—¿Incluso perdiendo Cuba?

—Cuba no es asunto de la Orden —dijo Gonzalo—. ¿O es que usted está hablando en nombre de la corona Española?

—A mi contacto, la persona que me facilitó el salvoconducto para llegar hasta ustedes, a pesar de pertenecer también a la Orden, no le gustaría nada que se produjera tal desenlace.

—Estoy completamente seguro, señor. Pero también entenderá que volver con toda la información que hemos conseguido, con el prototipo de hombre mecánico que hemos fabricado y con varias baterías eléctricas en perfecto estado para poder estudiarlas, está por encima de un simple problema territorial. Estoy seguro que entenderá nuestra situación. Además, nuestro "Enemigo", no entiende de fronteras —dijo Gonzalo de forma lúgubre.

Juan permaneció en silencio un rato, pensando en alguna replica con la que poder tumbar los argumentos de Gonzalo. Finalmente, tras no encontrar alguna, se dio por vencido y preguntó.

—¿Qué es lo que proponen?

—Debemos volver a Santiago, recoger y sacar todos los informes, planos y documentación, poner en funcionamiento al hombre mecánico y marcharnos de aquí.

—Y cuanto antes —añadió Lo Pang— Teniendo en cuenta todo lo que nos ha contado sobre los insurgentes cubanos y la flota norteamericana cercando el puerto de Santiago, no nos queda mucho tiempo.

—A todo esto —dijo Gonzalo—, ¿cómo piensa sacarnos de aquí?

—La persona que me facilitó el salvoconducto para que pudiera llegar hasta ustedes, también me facilitó uno que me permitiera sacarles de esta situación —respondió Juan—. No se preocupen, todo está bajo

control.

Capítulo 3

El almirante Pedro Cobo Tobías estaba sentado, enfrente de la mesa de su camarote, mientras revisaba, concentrado y en absoluto silencio, los informes enviados por el resto de la flota española que aguardaban ordenes en el puerto de Santiago. Los rasgos de su cara no transmitían expresión alguna, pero por dentro, la fatalidad y el temor, lo corroían y lo paralizaban.

<<Clank-clank-clank>>

Alguien golpeó la puerta del camarote.

—Adelante —dijo el almirante Cobo. Tras abrirse la puerta hacia adentro, un marinero cruzó al interior del camarote, hizo un saludo militar y esperó a que el almirante se fijara en él—. ¿Qué sucede marinero?

—Señor, el enviado de la corona, Juan Acuña, desea verle de nuevo.

—Malditos burócratas...

—¿Señor, ha dicho algo?

—No, no he dicho nada. Dígale que... le veré en cinco minutos. Llévelo a la cubierta de mando.

—A sus órdenes, señor —dijo el marinero, antes de salir del camarote y cerrar la puerta. El Almirante Cobo hizo su silla para atrás y se levantó. Abrió su armario personal y cogió del perchero que había detrás de la puerta su chaqueta de almirante y se la puso antes de salir de su camarote. Tras unos pocos minutos de caminata por los pasillos de Infanta María Teresa, llegó a la cubierta de mando. Allí, además del personal oficial que trabajaba habitualmente, se encontró con el brigadier Benavente, el cabo Martínez (escriba y ayudante del brigadier Benavente durante los interrogatorios), el enviado de la corona, Juan Acuña... y a los dos prisioneros que llevaban a bordo más de tres meses y que no sabía que estaban haciendo en la cubierta de mando.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el almirante Cobo.

—Señor —tomó la iniciativa el brigadier Benavente—, el enviado de la corona, Juan Acuña, me ha instado a reunirse con usted, para informarle de que está autorizado para llevarse a los presos, Ramón Guetti y el señor Kato.

—¿Que está autorizado? —preguntó el almirante Cobo.

—Así es —se limitó a decir Juan.

—¿Con qué autoridad?

—Con esta autoridad —el enviado de la corona metió una mano dentro de su abrigo, y de uno de los bolsillos interiores sacó una carta, manuscrita a mano y con el sello real marcado en la parte inferior de la carta, que extendió ante la cara del almirante—. Esta carta informa de que yo, Juan Acuña, enviado de la corona, en virtud del poder concedido por el presidente del consejo de ministros, Práxedes Mateo Sagasta y de la reina regente, María Cristina de Austria, tengo la misión de escoltar a estos dos prisioneros de regreso a España. Tome, échele un vistazo.

El almirante Cobo cogió la carta y la leyó en silencio.

—¡Señor! —intervino el brigadier Benavente—. ¡Esto es altamente irregular!

—Estoy de acuerdo con el brigadier Benavente, señor —habló por primera vez el cabo Martínez, el escriba—. Las declaraciones de los prisioneros sobre lo que ocurrió con el USS Maine, no se sostienen por ningún lado. Pienso que nos están ocultando la verdad, incluso pienso que nos mintieron acerca de sus identidades. Apretarles las tuercas para descubrir la verdad, es clave para saber qué fue lo que pasó la noche de la explosión del USS Maine.

—¡Silencio! —gritó el almirante Cobo—. Digamos que me creo todo eso de la orden real. ¿Debo llevarles de vuelta a España?

—Eh... más bien no —dijo Juan—. Deseamos ser llevados de vuelta a Santiago.

—¿Sería tan amable de explicarme qué es lo que está pasando?

—¿Podría ser en un lugar más... privado?

El almirante, cansado e irritado, miró con desconfianza al enviado de la corona y a sus dos prisioneros.

—Por favor —baló Juan como un corderito.

El almirante Cobo asintió y cedió a su petición.

—Por aquella puerta —dijo el almirante, señalando a una puerta contigua de la cubierta de mando. El brigadier Benavente y el Cabo Martínez se miraron el uno al otro, no dando crédito a la acción de su

superior. Juan, Gonzalo y Lo Pang, entraron a la sala, seguidos del almirante. Ya dentro de la habitación, este último preguntó.

—¿Qué cojones está pasando?

—¿La habitación es segura? —preguntó Juan.

—¿Que si es segura? —preguntó el almirante—. ¡Por dios, es mi barco! ¡Claro que es seguro!

—No tengo claro si lo que voy a hacer a hora es lo correcto, pero confío en que si le contamos toda la verdad y hay plena confianza entre nosotros, las cosas empiecen a marchar y a tirar para adelante —dijo Juan—. Todo lo que le vamos a contarle es alto secreto y confiamos en que no se lo cuente a nadie, tanto por su bien, como por el bien de nuestro país, como del resto de seres vivos que habitan este planeta. ¿Me sigue? ¿Puedo confiar en usted?

—Mmm... sí, sí. Puede confiar en mí.

—¿Estás loco? —preguntó alterado Lo Pang—. ¡No está preparado para la verdad!

—¡Piensa bien lo que haces, Juan! —le advirtió Gonzalo.

—¿Me lo jura por la reina regente, María Cristina, su heredero, Alfonso XIII y por Dios?

—¡Sí! ¡Lo que usted diga! ¡Puede confiar en mí! ¡Pero empiece de una maldita vez!

El enviado de la corona le miró detenidamente por un instante, en silencio, intentando adivinar si como el almirante afirmaba, merecía su confianza y que le contara la verdad.

—Está bien. Le confiaré nuestra misión —dijo por fin el enviado de la corona. Gonzalo y Lo Pang suspiraron resignados—. Yo, Juan Acuña y estos dos hombres de aquí, que en realidad se llaman, Gonzalo Barrera y Lo Pang, somos miembros de los Masones. Estos hombres fueron enviados por el gran maestro de nuestra Orden, y bajo el conocimiento de la reina regente y del presidente del congreso de ministros, a Estados Unidos para investigar los avances científicos de diversas sociedades norteamericanas, y en caso de sernos útiles, substraerles información, experimentos y proyectos, para de esta forma usarlas contra el "Enemigo".

—¿El enemigo? —preguntó confundido el almirante Cobo.

—¡La bestia negra! —susurró Lo Pang.

—¿La bestia... qué?

—También conocido como Baphomet —añadió Gonzalo.

—Aleister Crowley, el Mago Negro —dijo por fin Juan. El almirante Cobo no mostró reacción alguna, como si no comprendiera (que era de hecho, lo que realmente sucedía) la situación—. Aleister Crowley heredó una gran fortuna de su padre, Edward Crowley, que murió durante su juventud. Se interesó de forma temprana por el ocultismo, el espiritismo y la magia negra, e ingresó en diversos cultos esotéricos como la Orden Herética del Alba Dorada o la Ordo Templi Orientis.

—Sin embargo, no duró mucho tiempo en ellas —intervino Gonzalo—. Sus investigaciones y experimentos con magia negra, los escandalosos comportamientos y sus conductas sexuales, motivaron su expulsión de ambos cultos.

—Razón por la cual —añadió Lo Pang—, Crowley creó su propio culto, La Astrum Argentum. En ella, como líder supremo y con cientos de seguidores, dio rienda suelta a su megalomanía. Investigó, experimentó, invocó y trató con poderes y con seres que están más allá de la imaginación de la mente más retorcida.

—Los últimos informes recibidos de nuestros agentes infiltrados (antes de que fueran ejecutados) —intervino Gonzalo—, nos avisaron de que Crowley llegó a ponerse en contacto con seres extra-dimensionales, a través de un antiguo portal abandonado, en las ruinas de Stonehenge.

—Seres de la dimensión Reykiavic, si no recuerdo mal —añadió Lo Pang.

—Según parece —continuó Juan—, prometieron entregarle, o más bien concederle el don, de controlar y manipular la materia a su antojo, a cambio de que este último se comprometiera a abrir el portal para que estos pudieran invadir nuestro mundo.

—Convirtiéndose Crowley, de esta forma, en su representante en la tierra —dijo Lo Pang.

—Por esa razón, la Orden decidió tomar medidas, y organizar una estrategia para poder hacer frente a la organización de Crowley y al horror que está por llegar —dijo Juan.

—Fue este el motivo por el que Lo Pang y yo viajamos a Estados Unidos —intervino Gonzalo—. La Orden nos encomendó la misión de investigar los avances científicos que los hombres de Edison, en la New

Century, estaban llevando a cabo, y en caso de sernos útiles contra Crowley, robarlos y traerlos de vuelta.

—Por este motivo, le pedimos que nos lleve a Santiago, ya que allí es donde tenemos todo lo que es importante para nuestra misión —dijo Gonzalo.

—Y ya puesto —intervino Lo Pang—, que nos devuelva las baterías eléctricas que tiene bajo su custodia en las bodegas del Infanta María Teresa. Si no es mucha molestia, claro está. Más que nada, ¿para qué vamos a querer un hombre mecánico sin algo con lo que poder darle cuerda?

—¿Un hombre mecá...? ¡Esperen un momento! —dijo el almirante Cobo—. En todo esta historia, ¿donde encaja la explosión del USS Maine?

—Venían a atraparnos —dijo Gonzalo—. En apariencia, pertenecía al ejército norteamericano, pero en realidad, eran hombres de Edison, que iban tras nuestra pista.

—Querían recuperar lo que les sustrajimos y eliminarnos —dijo Lo Pang—. Simple y llanamente.

—¿Y quieren que les lleve al puerto de Santiago... para qué? —preguntó el almirante.

—Para poner en funcionamiento el hombre mecánico que nuestros científicos han estado construyendo —dijo Juan—. No le pedimos nada más, se lo juro. Del resto, ya nos la apañaremos nosotros.

El almirante Cobo permaneció callado, con los ojos como platos, asimilando la información a toda velocidad, a la vez que intentaba comprenderla, entenderla y discernir que era verdad y que era fruto de una mente perturbada.

—Todo esto... ¿es una broma, verdad? —preguntó el almirante mientras miraba los rostros de los allí presentes—. ¿O es que están locos de remate y piensan que yo también lo estoy?

—Os lo dije —sentenció Lo Pang—. ¡No estaba preparado para la verdad!

—Créame, me gustaría que fuera una broma. Pero no lo es —sentenció Juan.

<<¡CLANK-CLANK- CLANK!>>

Alguien llamó a la puerta. A los pocos segundos la puerta se abrió, y un marinero asomó la cabeza y anunció:

—¡Señor, mensaje urgente del cuartel general de Santiago!

—¿Quién lo envía? —preguntó el almirante Cobo.

—¡El capitán general Ramón Blanco, señor!

—¡Entréguemelo!

El marinero sacó una hoja doblada de un bolsillo, se la entregó al almirante, hizo un saludo militar y cerró la puerta al salir. El almirante la desdobló y leyó el mensaje en silencio. Su semblante pasó de intrigado a preocupado. Cuando terminó de leerla miró a los allí presentes y anunció.

—Siento comunicarles que no podré cumplir su petición, caballeros.

—¿No se da cuenta del grave error que está cometiendo? —preguntó airado Gonzalo.

—El general Blanco me ha dado la orden de zarpar del puerto de Santiago —anunció el almirante—. La ciudad está sitiada y no sabemos cuánto aguantará. Tengo la orden de volver a España.

—¡Más razón para que nos devuelva a la ciudad lo antes posible! —gritó Juan.

—¿No me ha oído? ¡La ciudad está sitiada! ¡No hay forma de acceder a ella! —explotó el almirante—. Ahora, si me disculpan, tengo que volver al puente de mando.

<<¡CLANK-CLANK- CLANK!>>

De nuevo, alguien volvió a llamar a la puerta. Tras abrirse, el mismo marinero de antes se asomó, saludó y habló.

—¡Señor, se le requiere en el puente urgentemente! —anunció nervioso el marinero—. ¡Algo raro está pasando!

—¿Cómo que algo raro? —preguntó extrañado el almirante Cobo—. ¡Explíquese!

—¡Han divisado una especie de isla reluciente y brillante, que ha emergido frente al destructor Plutón!

—¿Una isla?! ¡¿Reluciente y brillante?! —exclamó el almirante. Inmediatamente, se volvió hacia el trío y preguntó—. ¿Ustedes saben algo de esto?

Capítulo 4

Cuando el almirante Cobo, Juan, Gonzalo y Lo Pang, llegaron a la cubierta de mando, fueron conscientes del grado de confusión, miedo y tensión que reinaba en el ambiente. Marineros yendo en todas direcciones; soldados preparando sus armas y provisiones; oficiales revisando partes de mando contradictorios y enviando mensajes por código Morse al resto de la flota para recabar información del extraordinario avistamiento...

—¡Capitán Anselmo, informe! —ordenó el almirante Cobo cuando entró en la cubierta de mando.

—Señor, hemos recibido informes del destructor Furor sobre la flota estadounidense. Está compuesta de siete acorazados, tres cruceros auxiliares y un cañonero. Aunque no han entrado a la zona del puerto, bloquean su salida. En cuanto salgamos de la bahía, nos tendrán a tiro, señor.

—Señor, tengo una idea que me gustaría que considerara —dijo un marinero allí presente.

—Claro, capitán de navío Bustamante. Hable con libertad —dijo el almirante Cobo.

—Según informes del Capitán Villaamil, a bordo del Furor, por la noche solo dos buques estadounidenses vigilan e iluminaban la boca de la salida de la zona del puerto de Santiago. Si decidiéramos hacer una salida nocturna, aunque haya navíos estadounidenses vigilando dicha salida, las posibilidades de pasar inadvertidos y ocultos en la oscuridad serían mayores que haciéndolo a plena luz del día. Incluso propone lanzar un ataque nocturno con torpedos a los dos navíos estadounidenses que iluminan la entrada, para dejarlos fuera de combate y facilitar la huida.

—Imposible —negó con la cabeza el almirante Cobo—. El general Ramón Blanco ha dado la orden de partir de inmediato. No podemos retrasarnos más.

—¡Pero salir a plena luz es una locura, señor! —inquirió el capitán Bustamante—. Tal como es la salida del puerto de Santiago, nos veremos obligados a salir de uno en uno y nos convertiremos en carne de cañón para los norteamericanos.

—¡Lo siento, no puede ser, nos quedamos sin tiempo! —dijo el almirante Cobo.

Gonzalo, que miraba impotentemente la discusión de los dos oficiales, apartó la vista y se volvió hacia uno de los ventanales de la cubierta de mando. Pidió un catalejo a uno de los marineros y le preguntó en qué dirección estaba esa "isla plateada" que había emergido repentinamente. Cuando la localizó, se quedó observándola, ensimismado, intentando adivinar que podría ser. A pesar de que apenas se divisaba una mancha gris, que producía unos pequeños reflejos y destellos, pudo apreciar algo extraño. Gonzalo pudo ver cómo la "isla" empezaba a sumergirse, desapareciendo de su vista a los pocos segundos.

—Algo va mal —musitó Gonzalo.

—¿Cómo dices? —preguntó Juan

—¿Qué has visto? —se interesó Lo Pang.

—La isla se ha sumergido.

—¿Que se ha sumergido? —preguntó Juan.

—¿Que la isla se ha sumergido? —preguntó esta vez el almirante Cobo—. ¡Eso es imposible!

—¡Señor! —llamó uno de los marineros del puente de mando—. ¡Hemos recibido un mensaje en código Morse! Procede del USS New York ¡Es del almirante Sampson!

—¿Qué dice el mensaje?

—Señor, el mensaje dice... leo textualmente: <<No vamos a hacer prisioneros -STOP- En nombre del ejército norteamericano y de la New Century -STOP- Recogeremos lo que nos pertenece de entre sus restos -STOP- Esto será una demostración de fuerza -STOP- No habrá prisioneros>>. Eso es todo, almirante.

—¿Una demostración de fuerza? —preguntó el capitán de navío Bustamante dirigiéndose al almirante—. ¿Qué significa eso?

—No lo sé.

—¡Señor! —gritó Gonzalo—. ¡Coja un catalejo y mire en dirección al Plutón!

El almirante Cobo alzó la mano y uno de los marineros de la cubierta de mando le entregó un catalejo. Tras extenderlo, se lo llevó al ojo y divisó al destructor español en el horizonte a través de la lente. Vio algo, pero no sabía muy bien el qué. Tardó un rato en entender lo que estaba contemplando, pero cuando lo hizo, se le heló la sangre. La isla

plateada que se había sumergido en segundos, hace menos de un minuto, había resurgido debajo del destructor Plutón y se había "enganchado" mediante una serie de tentáculos mecánicos a la quilla de navío. Más que engancharse, los tentáculos mecánicos habían perforado las planchas de acero, provocando grandes grietas en el casco del navío.

—¡Dios Santo! —exclamó el capitán de navío Bustamante.

Dos tentáculos mecánicos, pero del doble de grosor que el resto, surgieron del agua en torno al Plutón. Se alzaron por encima de la altura máxima del navío, se enroscaron en torno a este y comenzaron a apretar el casco del navío.

—¡Venga ya! —gritó incrédulo Lo Pang, que al igual que muchos de los allí presentes, era capaz de divisar todos los acontecimientos sin catalejo, debido al gran tamaño de los tentáculos que atenazaban el Plutón.

El roce de los tentáculos con las planchas de acero del casco del Plutón, producía un chirrido agudo y áspero, que aunque apagado y lejano, llegaba a los tripulantes de la cubierta de mando del Infanta María Teresa. Poco después, el chirrido dio paso a un crujido grave, que anunciaba la fractura total del navío. El Plutón había sido partido en dos mitades. Los tentáculos mecánicos de mayor tamaño, volvieron a sumergirse en el agua, mientras que el resto de tentáculos, todavía enganchados a los agujeros en el casco del navío, arrastraron las dos mitades al fondo de la bahía. En pocos minutos, no quedó rastro alguno del Plutón.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó el almirante Cobo—. ¡Alférez Bartual! ¡Solicite informes del resto de la flota! ¡Póngase en contacto con el Furor y con el Cristóbal Colón y averigüe qué ocurre!

—¡A las ordenes, señor! —dijo el alférez. Raudamente, corrió a la sala contigua de comunicación y comenzó a transmitir las órdenes.

—¡Todo esto es culpa suya! —dijo el almirante mientras se giraba sobre sí mismo, y con un dedo acusador señalaba a Juan, Gonzalo y Lo Pang—. ¡Si no hubieran volado el USS Maine, nada de esto hubiera ocurrido!

—Todo esto no es más que una escaramuza, un subterfugio. Si no hubiese sido el USS Maine, se hubieran buscado cualquier otra excusa para atacar. ¡No sea estúpido! —se defendió Juan.

En ese instante, el alférez Bartual, nervioso y agitado, regresó

corriendo de la sala de comunicaciones y se dirigió al almirante.

—Señor, hemos recibido un telegrama procedente del Castillo de San Pedro de la Roca. Las tropas que están apostadas allí, dicen que han visto algo extraño en la flota norteamericana.

—¡Alférez, lea el telegrama!

—¡Sí, señor! Eh... leo. Dice: <<Se aprecia movimiento en la flota norteamericana -STOP- Parece que el acorazado USS Texas, el USS Indiana y el USS New York, cambian de posición -STOP- Han virado totalmente de lado y ahora se están colocando de frente -STOP- Ponen rumbo hacia la costa -STOP- Hemos ordenado a nuestros hombres en la artillería que disparen en cuanto estén a tiro -STOP- Sin embargo, no se detienen -STOP- Algo raro está pasando -STOP- Se aprecia gran cantidad de espuma a la altura de sus quillas...>> Es todo lo que pone, señor.

En el instante que el alférez terminó de hablar, un marinero que trabajaba en la sala de comunicaciones, entró en la cubierta de mando y le entregó una hoja. Inmediatamente regresó a su puesto de trabajo en la sala contigua.

—Señor, hemos recibido nuevos informes...

—Aligere —dijo con impaciencia el almirante Cobo.

—Sí, señor. <<Lo que estamos viendo parece una pesadilla -STOP- El USS New York parece elevarse sobre el agua -STOP-...>>

—¿Qué quiere decir con que "parece elevarse sobre el agua"? —preguntó Juan confundido.

—Es lo que pone en el mensaje, señor: <<... parece elevarse sobre el agua -STOP- Y se está acercando a la costa -STOP- Acaba de hacer contacto con la playa de Aguadores y avanza hacia nosotros -STOP- La artillería no parece hacerle daño alguno -STOP- El USS Indiana y el USS Texas también están tomando tierra, pero en el otro lado de la bahía -STOP- Parece que una especie de oruga mecánica es lo que les permite avanzar -STOP-...>>

—¿Una oruga mecánica? —preguntó el almirante Cobo. En ese instante, Lo Pang y Gonzalo, que estaban escuchando aterrados el relato enviado por las tropas españolas en el Castillo de San Pedro de la Roca, se acercaron a uno de los ventanales y miraron en dirección a la entrada de la bahía.

—<<... El USS Indiana y el USS Texas ya han cruzado al interior -STOP- Y están bordeando el Cayo Granma -STOP- Seguimos disparando

proyectiles de artillería al USS New York pero no logramos que retroceda - STOP- No resistiremos mucho tiempo>>. Aquí termina el mensaje.

—¿Orugas mecánicas? ¿Navíos que cruzan por tierra firme? ¿Qué locura es esta? — se preguntó el almirante Cobo.

—¡Mierda! —exclamó Lo Pang. Con una mano extendida, señaló hacia el ventanal—. ¡Vengan y miren! ¡En aquella dirección!

El grupo de oficiales y marineros de la cubierta de mando del Infanta María Teresa se levantaron de sus puestos y corrieron hacia los ventanales. Fijaron su vista en la entrada de la bahía, donde se divisaba el Cayo Granma y el Castillo de San Pedro. Oyeron un ruido ensordecedor y, a continuación, el Castillo hacerse pedazos. La ladera donde se asentaba el castillo se quebró y de ella surgió el USS New York, que partió en dos la fortificación, al cruzar a través de ella. Mientras esto ocurría, el USS Indiana y el USS Texas se aproximaban raudamente y levantando una gran marejada a la posición donde el Infanta María Teresa se encontraba.

—¡Solicite informe de situación al Furor, al Cristóbal Colón y intente ponerse en contacto con las tropas de del Castillo de San Pedro, si es que queda alguien con vida! —ordenó el almirante Cobo frenético.

—¡Si, señor! —dijo el alférez mientras corría a la sala de comunicaciones.

—¡Almirante, recapacite de su decisión! —dijo Juan—. ¡Tenemos que volver a Santiago! ¡Es la única manera de salir de esta con vida!

—¡No podemos! —gritó el almirante con lagrimas en los ojos—. ¡El castillo de San Pedro ha caído y la ciudad está sitiada! ¡No sabemos cuánto aguantará y nos ordenaron que...!

Algo golpeó el Infanta María Teresa con tanta fuerza que lo hizo zozobrar. Después, una sinfonía de crujidos agudos y estridentes, del acero siendo doblado y estrujado, despejaron cualquier atisbo de duda. La isla brillante y reluciente, la que había destruido el Plutón, se había acoplado a la quilla de Infanta María Teresa, y sus tentáculos mecánicos comenzaron de nuevo su danza de destrucción.

—Que Dios nos asista —musitó el almirante. Hubo una explosión, y en un visto y no visto, el almirante Cobo desapareció. Pero no solo él, si no también gran parte de la cubierta de mando. Uno de los dos enormes tentáculos mecánicos, emergió del agua, se alzó en el aire, se colocó en posición y descendió sobre la cubierta de mando. El impacto arrancó dos tercios del puente, llevándose consigo al almirante Cobo, al capitán de navío Bustamante y a varios oficiales y marineros. Juan, Gonzalo y Lo

Pang evitaron ser aplastados por el tentáculo mecánico al estar próximos a los ventanales desde donde divisaban el avance del USS Indiana y del USS Texas. Sin embargo, eso no evitó que el golpe los lanzara por los aires. Todavía en shock, Juan, tras conseguir levantarse, gritó.

—¡Gonzalo! ¡Lo Pang! ¡Deprisa, levantaros! ¡Tenemos que hacernos con las baterías! —dijo mientras los ayuda a levantarse—. Gonzalo vendrá conmigo. Tú encárgate de buscar una barcaza para poder salir de este infierno.

—¿Está de coña? ¿No ha visto lo que ha hecho es tentáculo a la cubierta de mando? ¿Y me dice que salga al exterior para buscar una barcaza, con esas cosas ahí fuera para que me espachurren? ¿Está bien de la azotea?

—¡No es momento de discutir!

—¡Un momento! —intervino Gonzalo—. ¿Cómo haremos para cargar las baterías? ¿Y dónde nos encontraremos con él, en caso de que logre hacerse con una barcaza?

—Eh....

—Lo mejor será ir todos juntos a por ellas, y cuando las tengamos, hacernos con una barcaza —razonó Gonzalo—. Entre todos, nos será más fácil cargarlas, y no habrá problema de que no nos encontremos en el sitio acordado.

—Lo mejor será decidirse rápido, porque lo que se acerca proveniente del USS New York no puede ser nada bueno —dijo Lo Pang, que observaba como el navío norteamericano, tras cruzar a través del Castillo de San Pedro de La Roca, volvía a sumergirse.

Los tres pudieron observar como el USS New York, ya navegando por las aguas de la bahía, y dirigiéndose hacia su posición, abrió una hilera de compuertas en los laterales del casco, y de ahí surgieron una serie de naves pequeñas, de metal reluciente, con forma de concha marina, que tras caer al agua, pusieron rumbo hacia el Infanta María Teresa a gran velocidad.

—¡Venga, vamos! ¡Salgamos de aquí!

Los tres cruzaron la sala contigua de comunicaciones y descendieron por unas escaleras a uno de los pasillos internos del navío. Allí, los marineros corrían asustados, dejándose llevar por el pánico, sin saber cómo actuar ante tal amenaza. Algunos se dirigieron hacia la sala de maquinas, pensando que sería un lugar seguro donde esconderse de los tentáculos mecánicos; otros fueron a los camarotes de la tripulación

para salvaguardar sus enseres; los que acataban ordenes de sus confundidos superiores, se dirigieron a la armería para hacerse con un fusil y salir a la cubierta superior para hacer frente a sus atacantes.

—¡Menudo caos! —gritó Lo Pang mientras esquivaba un marinero que se cruzó con ellos—. ¡Parecen pollos sin cabeza!

—¡Pues casi igual que nosotros! —comentó Gonzalo. Al entrar en una de las salas, se encontraron con un improvisado hospital de campaña, donde dos médicos, intentaban curar las heridas de varios marineros postrados sobre camas improvisadas. En una las mesas, descansaban varios rifles con manchas de sangre en sus empuñaduras. Juan se acercó, cogió uno de ellos y dijo.

—¡Háganse con uno!

Tras salir de la sala, descendieron otra cubierta, cruzaron varias salas, caminaron raudamente por varios pasillos, quebraron en tres ocasiones hacia la izquierda, volvieron a bajar otra cubierta, después hicieron un quiebro a la derecha, cruzaron otro pasillo y descendieron otro tramo más de escaleras. Cuando llegaron a la cubierta inferior, se encontraron frente a la bodega de popa. Gonzalo se acercó a la puerta e hizo girar la rueda de metal para abrirla. La bodega estaba llena de cajas de madera, tanto de víveres, como de munición o de herramientas para el mantenimiento del navío. Cuando el grupo entró, y se dispuso a buscar las baterías, oyeron un ruido metálico en el exterior del casco. Se detuvieron en seco y se miraron inquietos.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Lo Pang.

<<PLONK- PLONK- PLONK>>

—¿Viene de fuera? —preguntó Gonzalo.

<<¡PLONK- PLONK- PLONK!>>

—¡Otra vez ese ruido!

El ruido cesó. Pero un siseo, bajo al principio pero fuerte a medida que pasaban los segundos, rompió el silencio que inundaba la bodega. En uno de los lados del casco, un círculo rojizo comenzó a dibujarse. Finalmente, un haz de luz roja atravesó el casco del navío a la vez que una cascada de chispas cayó al suelo de la bodega. Poco a poco, el haz de luz fue completando el círculo rojo e incandescente.

—¡Deprisa, esconderos! —ordenó Juan.

Apenas tuvieron tiempo el trío de ocultarse tras una pila de cajas de madera, cuando el haz de luz roja completó el círculo. Después, la luz se desvaneció, y en menos de un minuto, el sonido de algo parecido a un martillo, comenzó sonar. Algo golpeaba el círculo recién hecho desde el exterior. Tras poco más de tres, cuatro martillazos, la plancha acero que separaba el casco de la nave del agua de la bahía cayó hacia adentro. Gonzalo, Lo Pang y Juan asomaron sus cabezas desde sus posiciones para intentar ver qué era lo que pasaba. De la brecha recién creada en el casco, bajaron cinco hombres, soldados norteamericanos, ocultos tras extrañas armaduras. Vestían un uniforme de cuero gastado que cubría la mayor parte de su cuerpo, botas de acero, guantes de cota de maya y la cabeza estaba cubierta por un casco de hierro forjado, con varios remaches a la altura de los hombros. Los ojos estaban ocultos tras un visor de cristal detrás de una rendija, y a la espalda cargaban una mochila, grande y pesada, que emitía pequeños rayos eléctricos, que resplandecía y cegaban a la vista. La mochila estaba conectada por un grueso cable a una especie de rifle, que en vez de cañón tenía una... bombilla. El líder del grupo, que portaba una insignia (tres truenos verticales) en la pechera derecha, miró a sus hombres y dijo algo en inglés. Los soldados se separaron, mientras el líder esperó junto a la brecha del casco.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Juan.

—Que busquen las baterías eléctricas —susurró Gonzalo.

En ese instante, uno de los soldados sacó un aparato de uno de los bolsillos de su cinturón, lo alzó delante de él y lo encendió. Dos antenitas salieron de este, y comenzó a emitir un pitido agudo y discontinuo, de un pequeño cono que tenía debajo. El soldado comenzó a girar de izquierda a derecha, lentamente hasta que el pitido se convirtió en un tono sostenido. Inmediatamente empezó a andar en dicha dirección, esquivando cajas de víveres, herramientas de reparación y contenedores con repuestos para las reparaciones del navío. A cada paso que daba el soldado, el pitido cambiaba de un tono agudo a uno cada vez más grave. Finalmente, cuando el soldado se topó de frente con una caja que estaba cerca de otra con una llama dibujada en la madera, el aparato dejó de emitir sonido alguno y las antenitas se replegaron hacia dentro. El soldado se giró hacia la brecha del casco, donde su superior esperaba, y gritó.

—"Lo hemos encontrado" creo que ha dicho —susurró Gonzalo.

El líder del grupo caminó hacia el soldado mientras sorteaba varias cajas de madera. Cuando llegó junto a él, hizo un gesto con la cabeza, señalando la caja. El soldado la apuntó con su arma, accionó un botón de un lateral y apretó el gatillo. La bombilla del extremo del rifle disparó un rayo de electricidad azul de manera continuada a la tapa de la

caja. Los clavos de la caja comenzaron a tirar con fuerza hacia arriba, en dirección a la bombilla. Finalmente, los clavos se despegaron de la madera, levantando la tapa y mostrando su interior. El soldado soltó el gatillo e hizo un gesto con la mano. El líder del grupo se acercó a la caja, sacó un cilindro metálico de cuarenta centímetros de largo y lo inspeccionó detenidamente. Gonzalo, aunque oculto tras las cajas, pudo ver que el líder del grupo de soldados norteamericanos había encontrado las baterías eléctricas.

—Ya tienen las baterías. ¡Tenemos que hacer algo! —apremió a Juan y Lo Pang.

—Vale, este es el plan —dijo Juan—. Eliminamos a los soldados, recuperamos las baterías y nos hacemos con su nave para regresar a Santiago.

—Un momento, un momento —dijo Gonzalo—. ¿Por qué no nos hacemos únicamente con las baterías, sigilosamente claro, y robamos después su nave, sin tener que enfrentarnos directamente?

—¿Sin hacerles frente directamente? —preguntó Juan—. ¡No tenemos tiempo de pensar en una estrategia...!

Lo Pang no esperó a que sus compañeros terminaran de decidir cómo proceder. Se levantó de su posición, apuntó con el rifle que había cogido de la sala donde se toparon con los médicos y disparó a la caja de madera que tenía dibujada la pequeña llama en un lateral. Y la pequeña llama trajo el fuego del infierno. La explosión de la caja de madera hizo volar por los aires al soldado y al líder del escuadrón, y esto hizo que el fuego se propagara por la bodega. El resto de soldados norteamericanos, nerviosos, alzaron los rifles-bombillas y miraron de lado a lado para buscar quién había sido el que había provocado la explosión.

—¡Basta de cháchara! —gritó Lo Pang—. ¡Démosles duro!

Lo Pang volvió a salir de su posición y volvió a disparar con el rifle. Cuando fue localizado, dos de los soldados norteamericanos corrieron hacia a él con los rifles en alto. Lo Pang seguía disparando, pero las balas no eran capaces de penetrar a través de los uniforme de cuero de los soldados. Mientras, Juan y Gonzalo se movieron de caja en caja, ocultándose detrás de estas, para rodear a los soldados. Lo Pang se agazapó tras su cobertura para cargar el rifle. Cuando dos de los soldados apuntaron a la posición de Lo Pang, las bombillas comenzaron a chisporrotear, iluminando poco a poco la bodega de una luz azulada. En ese momento, Juan y Gonzalo salieron de su posición y dispararon a las mochilas que los soldados portaban a sus espaldas. Dieron un pequeño petardazo, soltaron unas pequeñas chispas celestes y las bombillas de los rifles se apagaron. Los soldados, extrañados, se acercaron la punta del

rifle al visor del casco para examinarlas más detenidamente, momento en que Juan y Gonzalo aprovecharon para abalanzarse sobre ellos. Los dos españoles forcejearon, golpearon y esquivaban los golpes de los soldados norteamericanos. Mientras, Lo Pang, al intentar cargar el rifle, tuvo la mala suerte de que una bala se le quedara atrancada en la recámara. Intentó sacarla, pero no pudo hacer nada por el rifle, por lo que se deshizo de él, abandonó su posición y se escabulló entre los cajones. Pasó junto a un cajón con una etiqueta que llamó su atención: "Reliquias Coloniales"

El soldado que luchaba con Juan intentó asestarle un golpe con la culata del rifle-bombilla, pero este hizo una finta, logró esquivarle y golpearle por debajo de las costillas. El dolor hizo soltar el rifle al soldado, momento que aprovechó Juan para cogerlo y enrollar el cable que comunicaba el arma con la mochila, alrededor del cuello del soldado. La asfixia hizo que el norteamericano cayera de rodillas e intentara alcanzar a su atacante, que estaba detrás de él, sin éxito. Gonzalo, sin embargo, no tuvo tanta suerte. El soldado con el que se enfrentaba era más fuerte, rápido y letal. Este le asestó tres golpes en el estomago, tórax y rostro, con los guanteles de cota de maya, que por poco le hicieron perder la conciencia. El soldado le hizo una llave y le inmovilizó. Después, los dos juntos, se dieron la vuelta. El tercer soldado, que todavía no había intervenido en la pelea se acercó hacia donde estaban con el rifle apuntándole. La Bombilla se iluminó de azul y pequeñas descargas eléctricas comenzaron a danzar. En ese instante, Gonzalo reaccionó. Golpeó violentamente con su nuca al casco del soldado que le atenazaba y este le soltó. En el momento en que Gonzalo se escabulló, tirándose al suelo, la bombilla del tercer soldado disparó una ráfaga de electricidad que alcanzó al soldado que le había agarrado. La descarga hizo que retrocediera varios metros y cayera muerto, destrozando varias pilas de cajas que había a sus espaldas. Gonzalo, sin tiempo para recuperarse, gateó entre las cajas de madera tan deprisa como pudo, para intentar ocultarse del soldado que había intentado alcanzarle con la descarga. Cuando intentó gatear unos metros más, se vio acorralado entre una pila de cajas de maderas. Al darse la vuelta, se encontró con el soldado que le perseguía, frente a frente. Este alzó su arma, apuntó en su dirección y se dispuso a apretar el gatillo. Gonzalo cerró los ojos y esperó su final. Y esperó.... y esperó un rato más. Y viendo (o más bien, intuyendo) que su final no llegaba y no pasaba nada, abrió el ojo derecho primero, y el izquierdo después. El soldado estaba tendido en el suelo, con un charco de sangre a su alrededor y con un machete oxidado clavado a la altura de la nuca. Y Lo Pang con un pie encima del cadáver.

—¡Se dice "gracias"! —señaló el asiático.

—¡De nada! —contestó Gonzalo mientras se incorporaba. Se acercó al cadáver del soldado, le sacó el machete de la nuca y le dio la vuelta al cuerpo. Desabrochó el cinturón que unía la mochila al uniforme,

sacó las agarraderas de los hombros y tiró de la mochila. Se colocó la mochila a su espalda, metió los brazos dentro de las agarraderas y recogió el rifle—. Mejor será que nos llevemos uno.

Gonzalo y Lo Pang regresaron juntos por el por el laberinto de cajas de madera que era la bodega. Esperaban encontrar a Juan junto al cadáver del soldado asfixiado. Sin embargo, lo que encontraron fue al líder del escuadrón que había sobrevivido a la explosión, sin el casco, con el uniforme calcinado y roto, pero todavía vivo y con el rifle en funcionamiento, apuntando y disparando descargas eléctricas hacia una serie de barriles llenos de rancho, que ejercían una pobre cobertura, para desesperación de Juan.

—¡Yeh! —gritó Juan—. ¿Podrías hacer el favor de dejar el rifle de las chispitas en paz, maldito desgraciado?

El líder del escuadrón lanzó otra descarga, que impactó en uno de los barriles que Juan usaba de parapeto, y que quedó hecho astillas. Juan, sin sitio donde esconderse, fue encañonado por el líder del escuadrón.

—¡Ey, tú!

El líder del escuadrón oyó un grito y mientras se giraba, la misma voz que le había gritado, le preguntó.

—Con que te gustan las chispitas, ¿verdad, mariconazo? —le preguntó Gonzalo. Apuntó a su cabeza descubierta y apretó el gatillo. El rifle descargó un rayo de electricidad que impactó en la cara del soldado. Cayó de espaldas, con el rostro carbonizado y saliéndole un humillo negro de las fosas nasales.

—¡Ya era hora de que hicieseis algo! —gritó Juan a sus dos compañeros. Se incorporó y se espolsó las astillas que se le adhirieron al cuerpo tras la explosión del barril.

—¡No había porqué preocuparse! ¡Estaba todo bajo control! —bromeó Gonzalo.

—¡Mira, el listo! —dijo Lo Pang—. Hace un momento estaba con el rabo entre las piernas, acorralado, casi meándose en los pantalones, y si no llega a ser por mí intervención, ya estaría criando malvas. ¡Y ahora nos va de duro!

—¡Bah! ¡Cállate! —le espetó Gonzalo—. Tenía a ese soldadito de plomo justo donde quería.

—¡Ja, ja, ja! —se rió Lo Pang—. ¡Ni en sueños!

Juan se acercó al soldado, y al igual que Gonzalo, se hizo con su mochila y con su rifle. Después se dirigió a Gonzalo y a Lo Pang y dijo.

—Dejemos estas discusiones para luego. Tenemos que salir de aquí —miró a la brecha que había en el casco del barco, la que comunicaba con el interior de la nave norteamericana con forma de concha y preguntó—. Teniendo en cuenta que han estado bastante tiempo familiarizándose con la tecnología y las investigaciones de la New Century, si tomáramos esa nave, ¿sabrían manejarla?

El asiático y el español se quedaron en silencio un momento y se miraron el uno al otro. El primero de ellos abrió la boca para decir algo, pero inmediatamente la volvió a cerrar. El español fue más cauto y siguió por más rato cavilando la respuesta.

—¿Podrían? —insistió Gonzalo.

—Supongo que... bueno... no. Bueno... sí —contestó no muy seguro Lo Pang.

—¿Perdón?

—Es posible que sí, pero no tengo muy claro que la sepamos manejar con la soltura necesaria para llegar sanos y salvos a Santiago —intervino Gonzalo.

—O que no nos la carguemos nada más ponerla en marcha —añadió Lo Pang.

—De todas maneras, ¿qué otra opción nos queda? —preguntó Gonzalo.

—Pues en ese caso, carguemos las baterías y salgamos de aquí —sentenció Juan.

Capítulo 5

La playa donde habitualmente faenaban los pescadores locales estaba prácticamente desierta. Los rumores que corrían entre la población, que presagiaban (y que finalmente se cumplieron) el sitio de Santiago de Cuba, espantó a la mayoría de los pescadores y provocó su huida de la capital, antes de que la profecía se auto-cumpliese. Pocos pescadores permanecieron en Santiago. Los que lo hicieron, aprovecharon la situación para saquear las herramientas, aparejos y utensilios que sus compañeros no habían podido cargar durante su huida. Y en esa tarea se encontraba un marinero acompañado de su mula de carga. El hombre, de ropas raídas, tez morena y pelo y barba canosa, que usaba un palo de madera como bastón, se encontraba en la playa de los pescadores, rebuscando entre los enseres abandonados, cuando pasó algo completamente asombroso. Asombroso para él. Inspeccionando una barcaza abandonada, con un agujero del tamaño de una guayaba, encontró una red de pesca en perfecto estado. Prácticamente nueva, casi, casi sin usar. El marinero se agachó y la cogió para inspeccionarla más de cerca, momento en que percibió como el sol del mediodía, que le daba de lleno en la espalda, se ocultó por un instante. <<Raro, muy raro>> pensó el pescador. Inmediatamente, oyó un estruendo detrás de él, de algo grande y pesado chocando contra la arena de la playa. El pescador se incorporó y se volvió. La mula estaba mirando una especie de concha marina, de dimensiones considerables, reluciente, con gran cantidad de líquenes y algas adheridas al frontal, y que había aterrizado en la playa de los pescadores. El pescador miró a la mula, después a red que tenía en la mano y finalmente a la concha marina. No muy convencido, lanzó la red sobre la concha. Esta impactó en un lateral y se deslizó poco a poco por la concha hasta caer a la arena de la playa. <<No me quiero imaginar el tamaño de la perla que debe haber ahí dentro. Si hubiera alguna forma de abrirla...>> pensó el pescador. Pero para su sorpresa, no tuvo que hacer nada para que la concha se abriera. De un lateral, se dibujaron las líneas de una escotilla y, a los pocos segundos, se abrió hacia arriba. De su interior salieron tres hombres. Uno era asiático y los otros dos de rasgos caucásicos. El primero, portaba una caja de madera, de la que asomaban unos cilindros metálicos. Los caucásicos, unas estrafalarias mochilas, conectadas por medio de un cable, a unos rifles no menos estrafalarios.

—¡La próxima vez, conduciré yo! —gritó Gonzalo.

—¡Querrás decir que navegarás tú! —le corrigió Lo Pang.

—¡Como se diga! —contestó Gonzalo.

—A todo esto, ¿ha habido algún herido? —preguntó Juan.

—Yo estoy un poco mareado, pero sobreviviré —dijo Gonzalo.

—¡Pues yo estoy como una rosa! —dijo Lo Pang.

Cuando los tres bajaron a la playa, se percataron de que el marinero les estaba mirando. Juan se acercó y entre aspavientos varios y grandes muecas, preguntó:

—¿TÚ-ENTENDER-MI-IDIOMA, SEÑOR?! —preguntó Juan, gritando, vocalizando cada sílaba y remarcando los espacios entre las palabras.

—Sí, señor.

—Eh, una cosa —dijo Gonzalo mientras le hacía un gesto a Juan. Al acercarse, Gonzalo se inclinó sobre su oído y le susurró—. En Santiago de Cuba, por si no lo sabía, se habla español.

—Ya lo sabía —mintió Juan. Se dirigió al marinero y dijo—. Perdónese señor, ¿sabría decirme como se llega a...? —Juan se volvió hacia Gonzalo y Lo Pang y preguntó—. ¿A dónde tenemos que ir?

—A la catedral de Santiago —contestó Lo Pang.

—Eso —reafirmó Juan. El pescador alzó la mano, señalando detrás de ellos y dijo.

—Deben seguir esa gran avenida y andar por lo menos cinco o seis calles. Encontrarán la catedral enfrente de un parquecito.

—¡Vaya! —exclamó Gonzalo—. Ahora me sitúo. Vamos, deprisa. Está cerca.

—Perdonen —dijo el marinero y señaló la concha—. Si van a abandonarla, ¿me puedo quedar con su concha... y con lo que encuentre en su interior?

—¿Con lo que encuentre en su interior? —preguntó Juan extrañado.

—Quiero decir, en caso de encontrar una... perla. ¿Me la puedo quedar?

—¿Una perla? —repitió Gonzalo, uniéndose a la confusión planteada por la pregunta del marinero.

—¿Que si te puedes quedar la concha? Claro que sí, macho, toda para ti —contestó Lo Pang. Miró a la mula de carga y se dirigió al

marinero— Una cosa, ¿esa mula es tuya?

—Sí, señor.

—¿Te importa que nos la llevemos a cambio de la concha?

El marinero sopesó la transacción por un instante.

—Me parece bien.

—¡Perfecto! —Lo Pang se acercó a la mula, sacó los cilindros metálicos de la caja de madera que cargaba entre los brazos y los metió en las alforjas del animal—. ¡Venga, vámonos, démonos prisa!

Rápidamente, el trío, junto al animal, abandonaron la playa y subieron las escaleras que llevaban a la explanada. Gonzalo se detuvo un momento y se volvió hacia la playa. Pudo ver como el Infanta María Teresa, partido en tres trozos, se encontraba parcialmente hundido en la bahía de Santiago. El Cristóbal Colón, aguantaba a duras penas los envites del ataque combinado que llevaban a cabo el USS Indiana y el USS Texas. Del Furor no vio ni rastro. Gonzalo volvió a emprender la marcha tras sus compañeros.

—Nos hemos salvado de milagro —musitó Gonzalo.

—Perdón, ¿decías algo? —preguntó Juan.

—Decía que nos hemos salvado de milagro. La flota española está en las últimas. Si no hubiéramos escapado con el navío-concha, estaríamos muertos.

—No vendamos la piel del oso aun —comentó Juan—. Todavía podemos palmarla.

—¿Qué tal si dejáis de darle a la sin hueso y aligeramos el paso? —sugirió Lo Pang, sin dejar de darle palmaditas al lomo de la mula para que avanzara.

—¿Qué tal si llevas tú este mamotreto que llevo a la espalda un rato y me dejas a mí la tarea de guiar a la mula? ¡Ya verás cómo no consigues seguirnos el ritmo ni de coña! —dijo Gonzalo irónicamente.

—¡Dejad de discutid! —intervino Juan—. ¿Falta mucho?

—En cuanto subamos dos o tres calles, llegaremos al parquecito que mencionó el marinero —respondió Gonzalo.

—¡Pues continuemos!

Y eso hicieron. El trío subió la gran avenida que comunicaba la gran explanada de la playa, contemplando el desolador panorama que encontraron a su paso. Casas incendiadas y abandonadas, tenderetes destrozados y comercios arrasados. Algunos soldados que patrullaban la zona, ayudaban a las familias que se habían quedado rezagadas y acompañándolas a un lugar seguro. Otros, corrían hacia las murallas, como fuerzas de apoyo. Cuando el grupo ya había subido cinco calles, al siguiente cruce, a la derecha, se encontraron con el parquecito que mencionó el marinero, y en frente, la catedral de Santiago.

—¡Allí! ¡Ya hemos llegado! —señaló Lo Pang.

—¿Qué tal si paramos un momento para tomar aliento?
—preguntó Gonzalo, jadeante a causa de llevar la pesada carga de la mochila eléctrica.

—¡Ya habrá tiempo para descansar cuando estemos dentro!
—apremió Juan. Los tres hombres y la mula continuaron el escaso camino que faltaba por recorrer, cruzando a través del parquecito y llegando frente a las puertas de la catedral. Lo Pang dio tres golpes con la palma de la mano sobre la superficie de madera. Una trampilla se abrió y un par de ojos desconfiados los escrutaron. Se oyó la voz de una anciana.

—¡No deseamos nada! ¡Estamos bien! ¡Lárguense!

—¡Espera, espera! —dijo Gonzalo—. ¡Somos nosotros, Jacinta!
¡Gonzalo y Lo Pang!

—¡Vaya, que alegría! ¡No esperaba verlos por aquí! Cuanto tiempo, ¿verdad? ¿Tres, cuatro meses, quizás? A todo esto, ¿dónde han estado?

—Fuimos apresados por los hombres de la New Century
—contestó Lo Pang—. Después escapamos. Y volvimos a ser encarcelados en Santiago, por el tema del USS Maine y luego...

—Es una larga historia, después te ponemos al día —dijo Gonzalo.

—¡Y menuda historia! —añadió Lo Pang.

—Ahora, si fuera tan amable de abrir la puerta...

—De acuerdo —contestó la voz de la anciana tras la puerta—.

Pero antes, el saludo secreto.

—¡No tenemos tiempo para esto! ¡Vamos, abre la puerta! —se quejó Gonzalo.

—¿Y cómo se yo que el "enemigo" no ha acabado con ustedes, ha cogido sus cuerpos y les ha lanzado un maleficio, para controlarlos, y acabar con toda nuestra investigación, incluso después de muertos? Necesito una prueba para saber que son ustedes quienes dicen ser.

—¿Un maleficio? ¿Pero estamos locos o...? ¡Bah! ¡De acuerdo! —dijo resignado Gonzalo—. Lo Pang, hazle el saludo secreto.

—A mandar —dijo el asiático. Retrocedió un par de pasos y se puso en posición. Realizó la misma serie de movimientos que había realizado ante Juan para demostrar que pertenecían a la Orden, aunque esta vez, sin olvidar el paso que su superior le había señalado anteriormente. Tras terminar, confiado, se acercó a la puerta y dijo—. ¿Y bien? ¿Abres o no abres la puerta?

—Ese no es el saludo secreto —dijo la voz de la anciana al otro lado de la puerta.

—¿Cómo que no es el saludo secreto? —preguntó sorprendido Gonzalo.

—Pues porque no lo es. Punto.

—¿Cómo qué punto?

—Lo cambiamos.

—¿Que lo cambiasteis? —preguntó Gonzalo, todavía más sorprendido.

—Así es.

—¿Cuándo? —preguntó Lo Pang.

—Hace tres meses.

—¿Y cómo querías que nos enterásemos de ello si estábamos encerrados? —razonó Gonzalo.

—Vaya, vaya, con que encerrados, ¿eh? ¡Qué casualidad! ¿No le parece? —preguntó la voz de la anciana al otro lado de la puerta.

—Apártate, haz el favor. Déjame a mí —intervino Juan.

—¿Quién ha hablado? —preguntó la anciana.

—Mi nombre es Juan Acuña, franco masón nivel treinta y cinco, de la logia Hiram Abif y superior de estos dos caballeros —tiró de Gonzalo, le cogió la mano que portaba el anillo y lo acercó a la trampilla—. Este anillo es prueba suficiente de que pertenece a la Orden y de quien es quien dice ser. Si usted fuera una buena sirvienta a la Orden, sabría todo esto. Además, esta todo en los estatutos.

—Mmm... —murmuró pensativa la anciana, al otro lado de la puerta—. ¿Y dice que eso lo pone en los estatutos?

—Así es. Es más, cada base de nuestra Orden, debería haber uno a buen recaudo.

—¿Sí? Mejor será que vaya a por él y lo compruebe.

—¡Como ya le han dicho, el tiempo apremia, "bella señora"! —le cameló Juan a la anciana—. ¡Abra la puerta y ya lo comprobará después!

—¿Bella señora? ¿Yo? Mmmm... Me gusta. Usted me cae bien.

De pronto, la trampilla se cerró. Inmediatamente se oyó el ruido de una cerradura abriéndose, y después, de algo golpeando contra el suelo... seguido del ruido de un cerrojo girando... y luego otro... y otro más. Finalmente, la puerta se abrió. Los tres miraron al frente... sin encontrar nada. Al bajar la vista, encontraron a una mujer de tez morena, menuda, de pelo canoso y con un moño en la cabeza, fumando un puro y ayudándose de un bastón para andar. Levantó la mirada, y tras dibujársele una sonrisa en el rostro, dijo.

—¡Cuánto tiempo sin vernos! ¡Me alegro de que haya vuelto!
—Jacinta se hizo a un lado y dejó pasar al trío—. ¿Y esa mula?

—La hemos cambiado por una concha marina —respondió Lo Pang después de que todos estuvieran dentro. Sacó los cilindros de las alforjas, los repartió entre los presentes y dejó a la mula que pastase sobre un relicario.

—¿Y esto qué es? —preguntó la anciana mirando extrañada el cilindro.

—Las baterías eléctricas —dijo Gonzalo—. Por fin las encontramos.

—¡Vaya, ya era hora! —dijo Jacinta.

—La verdad es que sí —dijo Lo Pang.

—¡Y pensar que hace un momento estabas dudando de nosotros! —dijo Gonzalo. Jacinta, mientras cargaba una de las baterías eléctricas sobre una mano, cerró la puerta con la que sujetaba el bastón y echó los cerrojos.

—Ustedes me enseñaron a ser precavida. Además, ¿de qué se quejan? ¡Hemos salvaguardado la investigación mientras ustedes estaban de parranda! —la anciana se acercó a Juan, se puso el bastón debajo del sobaco, le tendió la mano libre y le guiñó un ojo—. Por cierto, me llamo Jacinta. ¿Fue usted el que dijo "Bella señora"?

—¡No estábamos de parranda! ¡Estuvimos cautivos! —se excusó Gonzalo sin que nadie pareciera hacerle caso.

—Juan Acuña —le cogió la mano a la anciana y le dio un beso en el arrugado dorso... de la manera más casta posible—. Y sí, fui yo. Compréndalo, tenía que ganarme su confianza para que nos abriera. También ayudó mencionarle y razonarle el tema de los estatutos y todo eso.

—Menudo pícaro está usted hecho, ¿eh? —dijo Jacinta mientras se relamía los secos y agrietados labios.

—¿Haríamos el favor de centrarnos un poquito? —intervino Gonzalo—. ¿Dónde están los demás?

—Se marcharon —dijo la anciana mientras caminaba por el pasillo central. Los dos españoles y el asiático la siguieron.

—¿Cómo que se marcharon? —preguntó consternado Gonzalo. Cuando llegaron junto al altar de la capilla mayor, se detuvieron tras la anciana. Jacinta le pasó la batería a Juan, se agachó (pero solo un poquito), metió la mano debajo del altar y comenzó a palpar a ciegas—. ¿Y el proyecto qué? ¿Lo abandonaron?

—Verán, cuando desaparecieron hará cosa de... ni se sabe cuánto tiempo ya, el proyecto siguió avanzando según lo acordado. A pesar de que nos faltaban las baterías eléctricas, todavía había mucho trabajo por hacer en cuanto a la construcción del hombre de metal, por lo que la cosa continuó para adelante sin su presencia, claro está. El caso es que, hará dos, tres semanas, la construcción del hombre mecánico concluyó, solo que, a falta de ponerlo en marcha, el equipo no supo si lo había hecho de la forma correcta y de si funcionaría de verdad —Jacinta palpó un botón

debajo del altar—. ¡Aquí esta!

La anciana apretó el botón y se hizo a un lado. El altar comenzó a deslizarse, lentamente, mostrando unas escaleras de piedra que se adentraban en la oscuridad. Jacinta caminó hacia una de las paredes del ábside, donde se encontraba un armarito. Lo abrió y sacó cuatro velas pequeñas. Cogió un cirio encendido que había en una mesita cercana y lo usó para encender las velas. Cogió uno para ella.

—¡Vaya! Esto es nuevo —dijo sorprendido Lo Pang—. ¿Habéis estado de obras durante nuestra ausencia?

—Nos gusta mantenernos ocupados. Cojan una y síganme —Jacinta se acercó de nuevo donde estaba el grupo esperando y recogió la batería eléctrica que le había dado a Juan. Se la colocó debajo del brazo que portaba la vela, caminó hacia la abertura que había estado oculta bajo el altar y comenzó a descender. Juan, Gonzalo y Lo Pang, cogieron una vela cada uno y la siguieron por el pasadizo.

El grupo descendió por unas oscuras escaleras (iluminadas únicamente por la llama de las velas que portaban), que se internaba más y más en las entrañas de la catedral.

—Pues como iba diciendo, el hombre mecánico acabó siendo terminado, pero no hubo forma de encenderlo —continuó Jacinta—. Eso no quiere decir que nuestros expertos estuvieran de brazos cruzados. Intentaron diversas formas de ponerlo en marcha. ¡Incluso intentaron replicar las baterías eléctricas según los datos que se podían extraer de los planos del proyecto! Pero nada, no hubo manera.

Al cabo de un rato de descenso continuado, los peldaños desaparecieron y al tocar tierra firme, el grupo recorrió lo que parecía ser los sepulcros más antiguos de la catedral, reservados para santos, clérigos y hombres de dios.

—Sin embargo, cuando estalló todo el asunto del conflicto con los estadounidenses y los rebeldes cubanos, las cosas se empezaron a poner tensas por Santiago y todo se fue a tomar viento —Jacinta hizo un gesto con la mano para que la siguieran—. Empezaron a marcharse la gente del equipo, poco a poco al principio, pero ante la posibilidad de que la ciudad fuera sitiada, la cosa se desmadró.

—¡Qué poco compromiso con las metas de la Orden! —se quejó Gonzalo—. ¡Malditos!

—La verdad es que sí. ¿Mira que estimar más su propio pellejo que terminar de construir un hombre de hojalata gigante que ni siquiera

funciona? —se mofó Lo Pang.

—¿Qué esperaban? —preguntó la anciana—. ¡No eran miembros de la orden y la mayoría de científicos cobraban salarios paupérrimos! ¡Solamente trabajaban por la gloria de haber creado el hombre mecánico! Ante la perspectiva de morir miserablemente en un conflicto entre dos naciones que ni les va ni les viene, ¿qué esperaban que hicieran?

Tras una larga caminata ente ataúdes cubiertos de polvo y telarañas, y estanterías repletas de reliquias cristianas olvidadas, llegaron al final del sepulcro, donde una pesada puerta de hierro los esperaba. Jacinta miró a Juan y luego a la puerta. Este se acercó a la puerta y comenzó a empujarla con mucho esfuerzo. Gonzalo y Lo Pang, decidieron echar una mano. Cuando la puerta estuvo suficientemente entreabierta, Jacinta se deslizó por ella. Los tres hombres continuaron empujando hasta terminar de abrirla por completo. Cuando pasaron a la siguiente sala, se intuía amplia, pero apenas estaba iluminada por una bombilla que colgaba del techo, que más que iluminar, dibujaba sombras burlonas en las paredes. Debajo de la luz, esperaba un chico joven, de tez morena y con las manos en los bolsillos de un pantalón corto y aviejado. Les miró y les saludó.

—¿Cómo les va?

Gonzalo y Lo Pang tardaron un momento en reaccionar.

—¿Solamente se ha quedado Danae? —preguntó Gonzalo.

—Al principio no quería, pero bueno, ya saben —dijo Jacinta mientras se dirigía a una pequeña habitación donde había dos estanterías, una a cada lado, y un panel con una palanca en la pared que quedaba libre—. El poder de convicción de una madre no conoce límites.

La anciana agarró la palanca y tiró de ella. Varios chasquidos se escucharon a lo largo de la amplia sala, y a los pocos segundos, decenas de bombillas comenzaron a encenderse. La luz que comenzaba a inundar la sala (más bien el laboratorio), iluminó un recinto amplio, donde descansaban cajas de suministros, mesas de trabajo, taquillas, pizarras, estanterías, libros, planos, alambiques, maquinaria pesada... y justo en el centro, junto a una gran estructura metálica, reposaba el hombre mecánico. Era grande, enorme, casi el doble que la catedral de Santiago, fabricado a base de placas de hierro forjado, con cientos de remaches y grandes mecanismos hidráulicos en sus articulaciones. En la espalda, había una especie de casillero, y a los lados sobresalían decenas de tubos. Más arriba, a la altura de la cabeza, había una compuerta lo suficiente grande como para dejar entrar a un hombre al interior del hombre

mecánico.

—Vaya... impresiona, la verdad —dijo Lo Pang.

—Bueno, habrá que ponerse manos a la obra y sacarlo de aquí —dijo Juan—. ¿Qué hay que hacer para encenderlo?

—Según les oí hablar a los expertos, antes abandonar el proyecto, decían que las baterías eléctricas se debían colocar detrás de la espalda, dentro de un compartimento —dijo Jacinta.

—Entendido. ¿Cómo hacemos para sacar esto de aquí? —preguntó Juan mientras miraba al hombre metálico.

—En el techo hay un sistema de paneles deslizantes. En cuanto accione el mecanismo que hay arriba, podrán salir con el hombre mecánico. ¡Vamos, Danae! Ayuda a tu madre con el mecanismo —ordenó Jacinta.

Mientras Jacinta y su hijo salían de la sala y subían las escaleras, Gonzalo, Juan y Lo Pang se quedaron mirando un momento la mole de hierro forjado que era el hombre mecánico.

—Espero que eso sepa nadar —dijo Gonzalo.

—Yo me conformo con que camine por el fondo marino —dijo Lo Pang.

—Vamos a ponernos manos a la obra —dijo Juan.

Los tres dejaron las velas que todavía portaban cada uno en el suelo, se quitaron las mochilas eléctricas para andar más ligeros y se dirigieron a la estructura cercana que estaba detrás del hombre mecánico. Lo Pang dejó la batería eléctrica que portaba en el suelo, y fue el primero que subió al nivel intermedio de la estructura, que estaba a la altura de la espalda del hombre metálico, por medio de una escalera de mano. Se acercó a un pequeño montacargas, que había junto a una mesa llena de herramientas, y lo bajó manualmente al suelo. Después se acercó al borde e hizo un gesto a Gonzalo y a Juan. Estos cargaron dos baterías en el montacargas y avisaron a Lo Pang para que las subiera. Durante la operación, Juan aprovechó y comenzó a subir por la escalera de mano. Cuando el montacargas con las baterías llegaron al nivel intermedio, Lo Pang las sacó y volvió a repetir la operación con el montacargas. Cuando ya no hubo más baterías que cargar, Gonzalo subió por las escaleras de mano y finalmente se encontraron todos en el nivel intermedio. El grupo se acercó al compartimento y lo observaron detenidamente durante un momento. Había una portezuela que tenía dos bisagras en el lado derecho y tres pestillos en el izquierdo. Las abrieron y después la portezuela del

compartimento. Dentro, había tres espacios donde se intuía como el lugar indicado donde colocar las baterías. Juan se dio cuenta de que habían traído baterías de más, por lo que dejaron una en la mesita cercana al montacargas. En ese momento, escucharon un chirrido metálico. Alzaron la vista y comprobaron como los paneles deslizantes el techo comenzaron a moverse.

—Lo Pang, ve subiendo a la cabeza y nosotros nos encargamos de esto —ordenó Gonzalo.

Lo Pang regresó a la escalera de mano y comenzó a escalarla. Gonzalo y Juan probaron a colocar las baterías en una posición, pero al ver que no encajaban bien, probaron a la inversa, funcionando esta vez. Cuando terminaron de introducir las tres baterías, Lo Pang ya había llegado a la plataforma superior. En ese momento, Jacinta apareció de nuevo.

—Cuando he subido arriba para accionar el mecanismo, han llamado a la puerta dos hombres uniformados y me han pedido que les dejara pasar. Decían ser marineros, que les conocían y que tenían un mensaje urgente que entregarles.

—¿Y qué has hecho? —preguntó Gonzalo.

—Les he dejado pasar —dijo la anciana. Caminó hacia las velas que habían sido dejadas en el suelo y las llevó a una mesita.

—¿Que los has qué? —preguntó Juan preocupado. Junto a Gonzalo, se dirigieron a la escalerilla de mano y descendieron al nivel inferior.

—Bueno, no vi nada sospechoso —dijo Jacinta—. Parecían gente bastante respetable.

—¿Que parecían gente bastante respetable? —preguntó Juan sorprendido, que junto a Gonzalo, ya se encontraban en el piso inferior y se dirigían hacia Jacinta—. Con la brasa que nos diste a nosotros para dejarnos pasar y a ellos, a la primera, les dejaste entrar. ¡Increíble! ¿Y dónde están ahora?

—Danae los está guiando hasta aquí abajo.

Gonzalo abrió la boca para protestar de nuevo pero se detuvo cuando vio aparecer a Danae por la puerta, y tras él, a dos hombres, que en efecto, eran marineros. Sin embargo, el primero de ellos, encañonaba una pistola a la espalda de Danae y el segundo portaba un rifle. Cuando entraron en laboratorio, el hombre de la pistola hizo un gesto al chico para que fuera junto a su madre. El otro, encañonó con su rifle a Gonzalo y

Juan.

—¡El brigadier Benavente y el cabo Martínez! ¡Qué inesperada sorpresa! —dijo Juan—. ¿Qué hacen por aquí? ¿Todavía quieren seguir con el interrogatorio?

—No, nada de eso. Venimos a destruir esa cosa —dijo el brigadier Benavente mientras señalaba el hombre mecánico con un movimiento de cabeza.

—A nuestro amo no le interesa que se ponga en funcionamiento —añadió el cabo Martínez.

—¿Su amo? —preguntó Gonzalo sin comprender—. ¿Se refiere a....?

—Crowley, obviamente —contestó el brigadier Benavente.

—Oh, mierda —se lamentó Gonzalo.

—En ese caso, tendremos que reaccionar deprisa, ¿no te parece? —Juan le guiñó un ojo a Gonzalo y lo empujó fuertemente hacia un lado. Cayeron detrás de una mesa de trabajo, lugar que usaron como cobertura. El brigadier Benavente comenzó a dispararles. Jacinta aprovechó el momento de confusión, tiró de su hijo y se lo llevó a la pequeña habitación del panel eléctrico. Cerró la puerta y apremió a su hijo a que bloqueara la entrada con una de las estanterías. El cabo Martínez hizo varios disparos con su rifle a la puerta bloqueada sin que las balas atravesaran la estantería que la bloqueaba.

—¡Debemos deshacernos de ellos cuanto antes! —dijo Gonzalo alterado.

—¡Ya lo sé! —dijo Juan. Miró hacia la izquierda y observó los rifles y las mochilas eléctricas que estaban cerca de unas estanterías, tirados sobre el suelo.

—¡Distráelo! —ordenó Juan—. ¡Haz algo para llamar su atención!

—¿Que haga algo?

—Sí. Asómate por un lado y distráelos.

—¿Estás loco? ¿Qué quieres, que me meta una bala entre ceja y ceja?

—Necesito que me des algo de tiempo. Yo voy a por los rifles

eléctricos. En cuanto los alcance, te paso uno.

Gonzalo dudó por un momento. Después, respiró profundamente y se asomó por encima de la mesa.

—¡Eh zoquete! ¡Menuda puntería tienes! —le gritó Gonzalo al brigadier Benavente. El brigadier apuntó a Gonzalo y disparó, pero no fue lo suficiente rápido, ya que Gonzalo se ocultó de nuevo tras la mesa de trabajo. Juan aprovechó el momento, se incorporó y corrió en dirección a las estanterías. Se agazapó tras estas y asomó la cabeza a un lado. Vio las mochilas y los rifles a medio metro de distancia. Extendió la mano y tiró de las agarraderas con rapidez. Dos disparos, realizados por el cabo Martínez con su rifle, impactaron cerca de donde descansaban las mochilas, pero no alcanzaron a Juan. Se colocó tan deprisa como pudo una de ellas, calibró la potencia del rifle y empujó la otra mochila en dirección a Gonzalo. No esperó a que esta se la colocara. Se asomó de su cobertura y dijo.

—Eh, hijo de la mala madre, saluda a Crowley desde el infierno —le dijo Juan al brigadier Benavente. Apretó el gatillo y el rifle escupió una descarga eléctrica con tanta fuerza, que cuando esta impactó en el pecho del marinero, lo hizo explotar. El cabo Martínez volvió a disparar en dirección a Juan, alcanzándole esta vez, a la altura del hombro. Juan se ocultó tras la estantería, mientras el cabo Martínez se dirigía hacia él.

—No hay escapatoria posible, no vale la pena resistirse —dijo el cabo—. El poder de Crowley se extiende a lo ancho y largo del globo. Lo abarca todo. Es casi omnipresente. Es casi como Dios.

Cuando giró la esquina de la estantería se encontró con Juan en el suelo, rodeado de sangre, con la espalda pegada a la estantería y con una mano apretándose la herida.

—Esto se ha acabado —sentenció el cabo Martínez.

—Estoy de acuerdo —dijo una voz a su espalda. El marinero se giró y se encontró con Gonzalo, encañonándole. Un disparo limpio del rifle eléctrico le frió la sesera. Gonzalo se acercó a Juan y le tendió la mano—. ¿Estás bien?

—Sobreviviré —Juan le dio la mano y fue ayudado a incorporarse. Se quitó la mochila para que le costara menos moverse y no hiciese presión sobre la herida.

—Tienes suerte de que te haya salvado el culo —le dijo Gonzalo, mientras se colocaba la mano de Juan por encima del hombro.

—Tampoco hace falta que te lo creas tanto.

—¡Yeh! —gritó Lo Pang desde lo alto de la estructura de metal que comunicaba con el hombre mecánico—. ¿Todo bien por ahí abajo?

—El brigadier Benavente y su escriba, el cabo Martínez, era agentes encubiertos de Crowley y nos habían localizado. Tenían intención de destruir el proyecto —dijo Gonzalo mientras señalaba sus cuerpos—. Alcanzaron a Juan en el hombro, pero no es nada, sobrevivirá. Todo está bajo control.

—¡Vale, vale! Me he metido dentro de la cabeza y he intentado ver cómo funciona, pero creo que es un pelín complicado para mí —dijo Lo Pang.

—Dame un momento y subo a ayudarte —dijo Gonzalo.

—¡Jacinta! —gritó Juan—. Ya puedes salir. La situación está bajo control.

En la habitación donde estaban resguardados la anciana y su hijo, hubo ruidos de muebles moviéndose. Después, la puerta se abrió y Jacinta y su hijo salieron.

—¡Tendrían que haber comprobado que no les seguían! —gritó enfadada la anciana.

—¡Tendrías que haberte asegurado de quienes eran estos tipos antes de haberles dejado pasar! —gritó Gonzalo.

—¡Dejad de discutir! —interrumpió Juan—. Jacinta, ven y ayúdame a sentarme en aquella silla cercana. Gonzalo, sube ahí arriba y ayuda a Lo Pang.

—¿PENSAIS QUE ESTO HA TERMINADO?

Gonzalo, Juan y Jacinta se miraron entre sí, y después desviaron sus respectivas miradas a los cuerpos de los marineros. Quien hablaba era el cabo Martínez, que se había recostado contra la mesa de trabajo. A pesar de que el impacto del rifle eléctrico en la cara le había provocado graves quemaduras y le había calcinado el pelo, el marinero no había muerto. En apariencia. Los ojos vidriosos y la voz que salía de su boca, hacían ver que el cuerpo del marinero funcionaba más bien como altavoz, antes que como un ser vivo y pensante.

—¿Crowley? —preguntó confuso Gonzalo.

—ESA COSA QUE HABEIS CREADO NO SALDRÁ DE ESTA ISLA. OS LO GARANTIZO —habló el mago negro por boca del cadáver de su acolito—. VUESTRA ORDEN HA IDO DEMASIADO LEJOS Y OS TOCA RECIBIR UNA LECCIÓN DE HUMILDAD.

El cadáver del cabo Martínez sacó un cuchillo del cinturón, se acercó la hoja a la palma de la mano y se hizo un tajo. Comenzó a manar sangre de la herida y el marinero puso la palma de la mano boca abajo. Las gotas de sangre mancharon el suelo de rojo. Después, el brazo cayó y el cuerpo quedó inmóvil. En ese momento, las luces del laboratorio comenzaron a parpadear, hasta que finalmente se apagaron por completo. Una corriente de aire caliente inundó la estancia. Después, fue el olor de cuerpos en descomposición. Y finalmente, la sensación de que algo grande y malvado había surgido de la oscuridad. Las luces volvieron de golpe y los cuerpos de los marineros muertos seguían en su sitio.

—¡Madre del amor hermoso! —gritó Lo Pang desde lo alto de la estructura de metal.

Gonzalo y Juan se volvieron. Y allí estaba. El ser tenía forma antropomórfica, y su piel parecía estar compuesta de retales de cuerpos en descomposición, tanto de hombres como de animales. Tenía grandes agujijones en vez de manos y era casi tan grande como el hombre mecánico. Su cabeza estaba llena de pelo y en el centro de su cara había una boca con forma de remolino.

—¡Argggghhhhh! —gritó asustada Jacinta. Cogió a su hijo de la mano, tiró de él hacia la puerta del laboratorio y desaparecieron.

—Oh, mierda —musitó Gonzalo. La bestia rugió y elevó el brazo. Gonzalo empujó hacia un lado a Juan y luego saltó en dirección opuesta, en el momento justo en que el brazo de la bestia golpeó el suelo. Sin embargo, Juan, que se sentía mareado por la pérdida de sangre de la herida del hombro, no fue capaz de reaccionar a tiempo para poder incorporarse y ocultarse. El agujijón en el que terminaba el brazo de la bestia, atravesó el estómago de Juan y lo atrajo hacia su boca con forma de torbellino.

— Argh... te apesta el aliento —farfulló Juan.

—¿Pues qué te parece si le das un poco de estopa? —preguntó Lo Pang desde lo alto de la estructura de metal. Cogió una de las baterías eléctricas que había sobrado y se la lanzó a Juan, al que le faltó poco para no alcanzarla.

—¡Gonzalo, dispara! —gritó Juan mientras hacía un último esfuerzo y lanzaba la batería a las fauces de la bestia. Gonzalo, que ya se había incorporado tras esquivar el golpe, apuntó y apretó el gatillo de su

rifle eléctrico. La descarga impactó en la batería y estalló. La explosión desintegró el brazo de la bestia que alzaba a Juan y a él al mismo tiempo. Parte de la cabeza de la bestia también desapareció y el torso quedó seriamente calcinado. Pero no murió. Estaba de rodillas, conmocionada por la explosión, apoyándose contra el suelo con la mano intacta. Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que la criatura volviera a incorporarse.

—Lo Pang, ¿te falta mucho para hacerte con los mandos?
—preguntó Gonzalo.

—Estoy en ello, estoy en ello —respondió el asiático. Rápidamente volvió a introducirse por la compuerta que estaba a la altura de la nuca del hombre mecánico y subió las escalerillas hacia el interior de la cabeza.

—¡NO! ¡Estás en ello, NO! ¡Hazlo funcionar de una puñetera vez!
—gritó Gonzalo angustiado.

El cuadro de mandos que se encontró Lo Pang al subir a la cabeza del hombre mecánico, era cuanto menos, complejo. En el panel inferior, había varios indicadores numéricos, hileras de botones de diversos colores, una imprenta automática alimentada por un papel enrollado, una especie de corneta y varios paneles apagados que indicaban diversas leyendas. Encima del panel, había dos aberturas que comunicaban con los ojos del hombre mecánico y posibilitaban la visión de quien lo controlase. Debajo del panel y en frente del asiento, había dos pedales. Y a los lados del asiento, dos palancas articuladas con tres botones cada una en la parte superior de estas. Lo Pang se acomodó en el asiento, se abrochó las hebillas de seguridad, y no muy convencido, empezó a tocar todos los botones que tenía a su alcance.

—Ya hemos puesto las baterías. ¿Por qué no funciona este cacharro? —se preguntó Lo Pang desesperado.

Siguió aporreando los botones, tirando de las palancas y presionando los pedales de manera compulsiva, pero sin resultado alguno. Por un segundo, alzó la vista al techo de la cabina. Allí encontró otro panel, pero con un único botón. Lo presionó y algo hizo "CLICK" dentro del hombre mecánico. Bueno, más bien fue en "CLOCK" bien sonoro. Cuando bajó la vista al panel que tenía enfrente, encontró un botón que antes no estaba. Debajo había una leyenda que ponía "Presionar repetidamente", por lo que Lo Pang presionó el botón repetidamente. Al cabo de unos segundos, diversos pitidos inundaron la cabina, y los diferentes indicadores, señales y lucecitas se fueron encendiendo poco a poco. El estruendo de los motores hidráulicos del interior del hombre mecánico al ponerse en marcha, anunciaron que la cosa iba por el buen camino <<Perfecto. Ahora, solo me falta saber cómo funciona esto>> pensó Lo

Pang. Se inclinó hacia adelante, y a través de las aberturas que había en los ojos, pudo ver que los paneles superiores del techo ya sea habían desplazado completamente, y que el sol del exterior bañaba el laboratorio.

—¡Maldito asiático! —se quejó Gonzalo mientras corría—. ¿Qué hace que todavía no lo ha puesto en marcha?

La situación para Gonzalo, se había complicado. Con Juan convertido en cenizas, jugar al ratón y al gato, al despiste, al "corre que te cojo", con la bestia que había invocado Crowley era una difícil tarea. La bestia, a pesar de las heridas de la explosión, ya se había recuperado e iba en pos de Gonzalo, que usaba las estanterías, mesas de trabajo y mobiliario del laboratorio como parapetos donde esconderse y desde los cuales poder disparar alguna ráfaga de electricidad a la bestia, que apenas parecía hacerle daño. Sin embargo, los lugares donde ocultarse se le estaban acabando y a cada paso que daba, la bestia estaba cada vez más cerca.

Gonzalo se ocultó tras una estantería y cuando la bestia pasó de largo, se encaramó al mueble y gritó.

—¡Yeh, hijo de Satanás! ¡Comete esto! —Gonzalo apretó el gatillo y disparó una ráfaga de electricidad. La bestia ni se inmutó y levantó rápidamente el brazo sano con el agujón hacia arriba, quitándole el rifle de las manos de Gonzalo y arrancándoselo de la mochila eléctrica que cargaba a la espalda.

—¡Maldición! —gritó Gonzalo. Tan deprisa como pudo, se deshizo de la mochila y, justo en el momento en que el brazo de la bestia cayó a toda velocidad sobre él, saltó desde lo alto de la estantería, y esquivó el golpe que convirtió el mueble en un amasijo de astillas.

Gonzalo, aturdido, gateó, se incorporó, se tropezó y volvió a caerse. Volvió a gatear y a levantarse, pero cuando se puso a correr entre una hilera de cajones de suministros, se dio de bruces contra una callejón sin salida. Al darse la vuelta, vio a la bestia enfrente. Le había acorralado.

—¡Maldito amarillo! —se lamentó Gonzalo—. ¿Dónde está cuando más se le necesita?

La bestia se agachó y extendió el brazo sano para intentar alcanzarle con el agujón. Por un instante, el agujón le rozó la pechera de la camisa, arrancándole uno de los botones, pero sin lograr atraparlo. La bestia se agachó un poco más y volvió a intentarlo. Pero algo tiró de la bestia hacia atrás.

—¡Chúpate esta! —dijo la voz de Lo Pang, que se escuchó por unos pequeños conos que el hombre mecánico tenía encima de sus hombros.

El hombre mecánico había cogido a la bestia del hombro, la volvió y le lanzó un gancho directo a la cabeza. La bestia perdió el equilibrio y cayó al suelo. Mientras se incorporaba, Lo Pang, que manejaba el hombre mecánico, juntó los dos brazos, los levantó, entrecruzó los puños y los hizo caer sobre la bestia. Logró esquivar el golpe a tiempo, para un instante después, embestirlo de lado. El impacto hizo que el hombre mecánico de Lo Pang retrocediera varios metros, pero no cayera al suelo. Lo Pang logró mantener la situación bajo control y supo reaccionar a tiempo. Cogió del cuello a la bestia y con la mano libre la aporreó con todas sus fuerzas. Cuando parecía que la bestia había perdido el conocimiento, Lo Pang alzó la mano libre del hombre mecánico, con la intención de dejarla caer con toda su fuerza sobre el cráneo de la bestia. Sin embargo, la bestia brincó y con las dos piernas juntas golpeó en el pecho del hombre mecánico, librándose de este. La bestia retrocedió y alzó la vista al hueco libre que habían dejado los paneles deslizantes del techo del laboratorio. Dio un salto, se agarró de la estructura de andamios del techo y después se deslizó por el hueco libre hacia el exterior.

— ¡Lo Pang! —gritó Gonzalo— ¡Ve tras él! ¡No dejes que se escape!

El hombre mecánico imitó a la bestia, dio un salto y se agarró del techo. Pasó los enormes brazos de hierro por el hueco, y cuando ya tenía medio cuerpo asegurado, comenzó a incorporarse. Al darse la vuelta, fue embestido por la bestia, impactando de lleno en su pecho. El hombre mecánico retrocedió varios metros, cayendo sobre la catedral de Santiago de Cuba y destrozando la cúpula central. Lenta y pesadamente, se fue incorporando. La bestia aprovechó la situación y saltó sobre él. Afortunadamente, Lo Pang fue lo suficiente rápido como para lanzarle un derechazo en pleno rostro. Después de incorporarse y sin darle tiempo a reaccionar, la cogió de la cabeza y le dio un rodillazo. Finalmente, le agarró con las dos manos del torso y la lanzó varios metros por los aires, aterrizando sobre una manzana de edificios. Inmediatamente, el hombre mecánico bordeó la catedral y caminó hacia la fachada principal. Puso las enormes manos sobre una de las torres que custodiaban la entrada y comenzó a tirar con fuerza. Los tubos a la espalda del hombre mecánico comenzaron a despedir un humo negro por el esfuerzo realizado. Tras un fuerte estruendo, el tramo que unía la torre de la catedral empezó a desquebrajarse. Finalmente, se separó. El hombre mecánico, con una de las torres de la catedral sujeta por ambas manos, caminó de vuelta al encuentro con la bestia. Esta, gravemente herida por los golpes recibidos, había logrado levantarse de la zona derruida en que se habían convertido los edificios aplastados por su enorme cuerpo. Pero los reflejos y las fuerzas ya no le acompañaban. El hombre mecánico usó la torre de la

catedral como porra, para machacar a la bestia de Crowley. Un golpe, dos golpes, tres golpes. Lo Pang, abordo del hombre mecánico, castigó con saña la cabeza de su enemigo hasta convertirlo en una masa sanguinolenta. Finalmente, de la torre que usaba como porra, apenas quedaban unos escasos cascotes y una larga cruz en el extremo final. Lo Pang decidió finiquitar la contienda. Dio la vuelta a la torre, con la cruz hacia abajo y la elevó con los dos brazos hacia arriba. La empujó con todas sus fuerzas sobre el cráneo de la bestia, atravesándolo de lleno con la cruz del extremo de la torre. El resto de la obra arquitectónica, se desintegró con el impacto. La bestia soltó un alarido de dolor y cayó de espaldas, de nuevo, sobre la zona de edificios derruidos. Ya no se levantó más.

Gonzalo, que tras salir del laboratorio por la zona de las catacumbas, subir el camino de vuelta a la nave central, sortear los escombros de la cúpula derruida y salir al exterior, había contemplado todo el enfrentamiento desde el parquecito cercano, incrédulo, con los ojos como platos, aterrado y casi extasiado. Parecía mentira que esa cosa hubiera funcionado, y que además hubiera sido capaz de derrotar a uno de los engendros de Crowley. Cuando todo terminó, corrió los metros que le separaban del hombre mecánico. Al llegar frente a él, alzó la vista y contempló la cabeza. De la parte trasera salió Lo Pang, que bajó por la escalerilla de mano que tenía atornillada a la nuca, y se sentó, con las piernas colgando, sobre el hombro derecho del hombre mecánico.

—¿Qué? ¿Soy o no soy un hacha? —preguntó con suficiencia Lo Pang.

—Me resulta increíble que hayas sido capaz de manejarlo en tan poco tiempo —dijo Gonzalo.

—Al principio tardé en averiguar cómo ponerlo en marcha. Pero descubrí el manual de instrucciones debajo del asiento, con varias notas subrayadas sobre ayudas para principiantes —dijo Lo Pang—. Bueno, esto se merece una copa, ¿no?

—Estoy completamente de acuerdo. Me he quedado sin palabras —dijo Gonzalo—. Sin embargo, ¿no crees que lo tienes un poco creído?

—¿Yo? ¡Qué va!

—¿No te sabe un poco mal la muerte de Juan?

—Sí, pero que le vamos a hacer. Esto —dijo Lo Pang señalando al hombre mecánico—, está por encima de él, incluso de nosotros. Había que proteger la investigación.

—Mmmm... supongo que sí. Bueno, debemos marcharnos. ¿Hay sitio para dos personas ahí dentro? ¿Has comprobado si esa cosa va por el agua?

—Sí, hay sitio. Quizás estés un poco agobiado aquí dentro, pero nos la apañaremos. Y en cuanto a lo otro, no, no lo he comprobado, pero me gustaría intentar una cosa antes de irnos —dijo Lo Pang mientras se le dibujaba una sonrisa misteriosa en el rostro.

—¿Intentar algo? ¿Qué quieres decir con "intentar algo"?
—preguntó Gonzalo sin estar muy seguro de querer saber la respuesta.

—¿Has pensado que antes de volver a España... podríamos intentar dar la vuelta a la contienda en Cuba?

Al principio, Gonzalo no captó lo que Lo Pang le insinuaba. Después, una sonrisa, parecida a la de Lo Pang, se le dibujó también en el rostro.